

Tomo II

NUESTRAS LEYENDAS PARA VOS

Marcelo Bianchi Bustos
COMPILADOR



Editorial AALIJ

SERIE LITERATURA
INFANTIL - JUVENIL

Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil

Nuestras leyendas para vos ; Compilación de Marcelo Bianchi Bustos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial AALIJ, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-90682-4-5

1. Leyendas Argentinas. 2. Leyendas Guaraníes. 3. Leyendas. I. Bianchi Bustos, Marcelo, comp.

CDD A860

©Diseño y Maquetación de María Fernanda Macimiani

<https://mariafernandamacimiani.com.ar/>

Director de la Colección

Dr. Marcelo Bianchi Bustos

Comité de Referato Internacional

Dra. Carolina Ramallo – Universidad de Buenos Aires

Dra. Angélica Rodríguez Ortiz – Universidad de Manizales, Colombia Dr. Carlos Rubio Torres – Academia Costarricense de la Lengua

Dra. Sylvia Puentes de Oyenard – Academia Uruguaya de LIJ

Dra. Honoria Zelaya de Nader – UNSTA

Comisión de lectura

Esp. Luis Della Giovanna (UNSTA) - Esp. Graciela Pellizzari (SADE) - Prof. Claudia Sánchez (Academia Argentina de LIJ)

Colección Literatura Infantil - Juvenil. Tomo II - Editorial AALIJ

Publicado en formato digital en junio de 2025

Ilustración de tapa Alejandra Romero

@ilustraciones_alejandrromero

Web Oficial de la Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil

A.L.I.J. <https://academiaargentinelij.org/>

Revista Digital de A.L.I.J. “MIRADAS Y VOCES DE LA LIJ”

<https://academiaargentinelij.org/miradas-y-voces-de-la-lij/>



Esta obra está bajo una [Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

Queda hecho el depósito legal establecido por la ley 11.723

TOMO II – SERIE LITERATURA INFANTIL - JUVENIL

Marcelo Bianchi Bustos
Compilador

NUESTRAS LEYENDAS PARA VOS



ACADEMIA ARGENTINA
DE LITERATURA

Infantil y Juvenil



Editorial AALIJ

INDICE

Bienvenidos al mundo de las leyendas, Marcelo Bianchi Bustos	7
LEYENDA DEL CALAFATE, versión de Cecilia Glanzmann	11
LA TELESITA, LA NIÑA QUE BAILANDO...¿SE CONVIRTió EN LEYENDA!, versión de Jorge Alberto Baudés	14
LEYENDA DE LA BALLENA FRANCA AUSTRAL (leyenda de origen tehuelche), versión de Julia Chaktoura	16
LEYENDA DE LA MUTISIA (leyenda de origen mapuche), versión de Graciela Fernández Coronel	20
EL ROJO TERSO DE SU VOZ. Historia de Anahí, una princesa ribereña, versión de Mabel Zimmerman	22
LEYENDA DEL VENADO TUERTO, versión de Alma Zolar	25
LA LEYENDA DEL DELFÍN GUÍA, versión de Edith Esther Albaini	27
LEYENDA DE LA ARAÑA TEJEDORA (leyenda de origen mapuche), versión de Stella Maris Dodd	29
LEYENDA DEL VOLCÁN LANÍN, versión de Luis Ángel Della Giovanna	35
LEYENDA DE LA LUZ MALA, versión de María Julia Druille	38
LEYENDA DE LA LUZ MALA (de la región de Belén, Catamarca), versión de Claudia Carrizo	41
EL DUEÑO DEL MONTE Y UNA ANTIGUA PROFECÍA, versión de Norma Sayago	42
LA LEYENDA DEL OMBÚ, versión de Ana Emilia Silva	48
LEYENDA DE LA FLOR DEL CEIBO (origen guaraní), versión de María Fernanda Macimiani	51
LA LEYENDA DE LA PLANTA DE MAÍZ, versión Norma Gambino	54
LEYENDA DE LOS ÁRBOLES ENAMORADOS, versión de Marta Cardoso	56
LA LEYENDA DEL TUCÁN, versión de Rodrigo Carlos Hermida Liuzzi	59

LA SOLAPA (leyenda entrerriana), versión de Patricia Jaluf	62
LEYENDA DEL MAR DE ANSENUZA O LENGUA DE FLAMENCO, versión de Elbis Gilardi	65
LEYENDA DE LA SEÑORA DE LA LUZ BLANCA (leyenda local), versión de Lilia María Vera	67
LEYENDA DEL PALO BORRACHO, versión de Miriam Persiani de Santamarina	70
LA LEYENDA DE AURORA LA CORDOBESA Y LA ESTRELLA DEL RECUERDO, versión de Julio Melián	73
LEYENDA DEL PUENTE DEL INCA (Leyenda de Mendoza), versión de Laura Z. Narreondo	75
HISTORIA DE UN UTURUNCO (leyenda del norte argentino), versión de Claudia Sánchez	78
LEYENDA LA FLOR DEL IRUPÉ (Leyenda de origen mesopotámica), versión de Zulma Prina	83
EL REGALO DE YASI (leyenda de origen guaraní), versión de Pablo Gustavo Pozzoli Bonifacio	86
LEYENDA DEL PÁJARO CHOGÜÍ (del folklore guaraní), versión de Silvia Greco	91
LEYENDA DE LOS RÍOS MINA CLAVERO Y PANAHOLMA (Leyenda de origen Comechingón), versión Mari Betti Pereyra	94
LEYENDA DE LA PERICANA, versión de Mafalda Hernández	97
LEYENDA DEL VIENTO ZONDA, versión de Mafalda Hernández	99
LEYENDA DE LOS OCHO HERMANOS, versión de Mario Tolaba	102
EL MIKILO Y LAS SIESTAS RIOJANAS, versión de Graciela Bucci	107
Acerca de esta colección: Serie Literatura Infantil y Juvenil	115



Bienvenidos al mundo de las leyendas

Hace muchos años, los hombres que poblaron nuestra tierra crearon distintas obras literarias que se contaban (y aun se cuentan) en horas nocturnas; pero también durante el día, en las casas, las fondas o cantinas, al pie de los fogones de leña, en las escuelas y colegios, en los monasterios y en todos los lugares que podemos imaginarnos. Producto de esa imaginación surgieron mitos, cuentos, leyendas y miles de poemas de todos los tipos y temas que podemos imaginarnos.

Las leyendas, género que nos ocupa en este libro, son historias que tratan sobre el origen de animales, plantas, accidentes geográficos, etc.

Fueron las abuelas, los padres, los tíos, los peones de las haciendas, los maestros, los indios viejos y los jóvenes cuenteros quienes han ido contando las leyendas, maravillosos relatos llenos de misterio y fantasía.

En 1960, la investigadora oriunda de la provincia de San Luis, Berta Vidal de Battini¹, escribió en el prólogo de una obra que le encomendó el Concejo Nacional de Educación de la República Argentina:

Las leyendas y los cuentos populares han nacido de la narración viva, y es por ella que se transmiten y enriquecen. La voz, el gesto, la alusión inmediata, el recurso sugerente, encienden el corazón alucinado de

¹ Vidal de Battini, B. (1960). Cuentos y leyendas populares. Selección para niños. Concejo Nacional de Educación.



este mundo maravilloso en el que los niños son plenamente felices (p. 8).

Hoy, desde la Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil, les acercamos distintas versiones de hermosas leyendas que forman parte del folklore argentino y latinoamericano. Como todos sabemos estos textos forman parte del folklore literario que se caracteriza por ser de autor anónimo y de transmisión oral. Es precisamente esa oralidad la que marca el dinamismo de los textos y que ha hecho (y seguirá haciendo) que existan gran cantidad de versiones de una misma historia.

Deseamos que cada una de ellas los acompañen en lindos momentos de lectura.

Dr. Marcelo Bianchi Bustos

Presidente

Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil

NUESTRAS LEYENDAS PARA VOS





LEYENDA DEL CALAFATE

Versión de Cecilia Glanzmann

En la Patagonia, crecen desde hace muchísimos años, bosques de ñires, lengas y coihues. Cuando llega el otoño, es muy hermoso ver los distintos colores, como los del arcoíris cuando sale, pero también sus tonos en matices que se van mezclando, cuando va desapareciendo en el cielo.

En estos lugares vivían los tehuelches. El otoño les anunciaba que pronto llegaría el invierno. Ellos buscaban entonces ir hacia el norte de donde vivían. Se trasladaban a pie a lugares donde el frío no sería tan intenso. Y donde no les faltaría la caza, para alimentarse y tener abrigo para sus cuerpos y sus toldos.

Cuenta una leyenda de origen tehuelche que una vez, Koonex, la anciana curandera, dijo a su familia que se aprestó para caminar y caminar hacia el norte, que ella no podría seguirlos, pues sus piernas ya estaban muy agotadas. Aceptaron su decisión y le dejaron su toldo, con alimentos y abundante leña. Su nieto estaba triste, porque era su abuela y extrañaría los cuentos que ella le contaba siempre. Sus padres le prometieron que volverían cuando pasara el frío, hacia la primavera. El niño se conformó, y la abrazó con todo su amor y un poquito de lágrimas en su rostro.

Toda la gente de su tribu se perdió en la distancia. También lo fueron haciendo los pájaros, los animales.



Koonex sabía que no podría resistir tanto tiempo el gran frío, con la nieve, el viento y la lluvia del invierno patagónico. Los árboles fueron quedando desnudos.

Cuando llegó la primavera, aparecían aquí y allá brotes nuevos. La nieve se iba derritiendo más y más, hasta ir desapareciendo. Poco a poco llegaban los chorlos, los chingolos alegres, las cotorras que charlaban y charlaban y charlaban. Todo se llenaba de nueva vida.

La anciana Koonex, que había resistido bastante el invierno, pero se sentía ya muy enferma, se sorprendió una mañana. Muchas avecillas, que cantaban felices, se habían posado sobre lo que quedaba de su toldo. Koonex las retó porque la habían dejado sola durante mucho tiempo. Un chingolito, sorprendido, le contestó que se habían ido porque cuando hace tanto frío no hay alimento para ellos. La anciana contestó que los comprendía. Pero agregó algo más: “A partir de hoy tendrán alimento en otoño y buen abrigo en invierno, ya nunca me quedaré sola” y no dijo nada más.

La familia volvió, con la tribu, a comienzos del verano. El niño corría sonriendo para ver a su abuela que le contaba cuentos. Cuando abrieron los cueros del toldo, ¡no estaba! En su lugar, había crecido un muy bello arbusto espinoso, de flores amarillas perfumadas. Su nieto logró conformarse, pero nunca olvidó a su abuela Koonex, ni los cuentos que ella le narraba. Toda la tribu tehuelche, que había regresado también, se estableció de nuevo en ese lugar tan querido. Y en medio del verano, vieron que las flores amarillas se iban



transformado en unos frutos como esferitas, de color azul morado, de un sabor riquísimo. Los mayores comprendieron lo ocurrido, y agradecieron a la anciana curandera por este fruto de alto valor alimenticio. Era algo que nunca habían probado ni tenido a disposición.

Desparramaron después las semillas y muchas plantas de calafate fueron creciendo aquí y allá.

Los tehuelches que emigraban para el norte en invierno, cuando regresaban, no veían la hora de llegar a comer el fruto del calafate. Sabían, como muchas aves, que tendrían siempre un alimento especial, en estas zonas de la Patagonia.

Desde entonces se dice: “el que come Calafate, siempre vuelve.”

Cecilia Glanzmann. Nació en Bell Ville. Reside en Trelew, Chubut. Maestra. Profesora en Letras. Escritora. Hacedora cultural. Más de veinticinco libros individuales, de diferentes géneros. Amor de Remolacha, Un tobogán con bufanda. En co-autoría, entre otros: Entre escalones y zapatos, Papalapabrapa, Juguemos en el bosque. Poesía: Obra Poética 1987-2017. En la luz.

Premios nacionales e internacionales. Ciudadana Ilustre de Trelew.



LA TELESITA, LA NIÑA QUE BAILANDO...

¡SE CONVIRTIÓ EN LEYENDA!

Versión de Jorge Alberto Baudés

Era una tarde santiagueña, de aquellas que atrapa el sol en ese hermoso lugar de nuestra Patria, allá en el Norte.

La gente del pueblo se reunía por las noches alrededor de un fogón luego de haber trabajado todo el día allí en el campo. Cantaban gatos y chacareras que son canciones tradicionales de esas regiones. Tomaban caña y compartían panes con chicharrones mientras reían por las historias risueñas que se contaban.

Los niños se corrían unos a otros jugando entre ellos haciendo travesuras trepándose a las ramas de los grandes árboles que crecían cerca del rancho. Una de ellas se encontraba siempre lejos porque le daba vergüenza andar con ropas gastadas que apenas cubrían su pequeño cuerpo. Se llamaba Telésfora Castillo y se acercaba siempre a la rueda de personas grandes cuando sentía que la música que tocaban y cantaban recorría su interior llenándola de luz y de alegría. La niña regalaba sus bailes entre los paisanos recorriendo el círculo en el que brillaban los leños encendidos. Las palmas de las manos no dejaban de alentarla y al terminar cada canción la pequeña Telésfora era recompensada con un trozo de carne asada, humitas y mazamoras.



Una noche de viento insolente y oscuras cerrazones el cansancio venció a la pequeña la que quedó dormida cerca del fogón sin darse cuenta de que sus roídas ropas danzaban solas con el fuego en diablescás figuras. El fuego fue rápidamente apagado por los parroquianos con sus ponchos multicolores, pero al buscar a la desprotegida niña se encontraron con una sorpresa gigante. Entre los rescoldos del fogón desplegabá sus alas un hermoso pájaro de color azul profundo el que levantó un vuelo rasante entre los presentes, haciendo giros y piruetas como si estuviere bailando. Uno de los parroquianos, entusiasmado por la belleza del ave se puso a bailar con ella una chacarera siguiendo sus vaivenes como si fueren las figuras de esa bella danza. Los demás paisanos siguieron con palmas de manos la mágica escena gritándole a la niña-pájaro “Telesita, Telesita” hasta que la misma se perdió en el horizonte mientras el sol que bautizaba los cañaverales la llevó con él al paraíso del cielo para bailar allí las danzas que tanto la alegran.

Jorge Alberto Baudés. Poeta, novelista y narrador, nacido en Buenos Aires, en 1948. Reside en Patagonia desde hace más de 40 años. Sus cuentos, fábulas y leyendas han recorrido las aulas de muchas escuelas de la región. Ha publicado quince libros de su autoría. Es Colaborador permanente de la Revista Gibralfaro del Departamento de Letras y Literatura de la Universidad de Málaga, España. Integra la Academia de Literatura Infantil y Juvenil de Argentina y es Diplomado en Literatura Infantil y Juvenil otorgado por SADE Central y la Universidad Nacional de Villa María, Córdoba.



LEYENDA DE LA BALLENA FRANCA AUSTRAL (Leyenda de origen tehuelche)

Versión de Julia Chaktoura

Hace miles de años, cuando el mar y la tierra ya estaban creados, existía una especie de increíble tamaño: Goos, la ballena.

Por aquella época, Elal —el gran héroe sagrado de los tehuelches— había llenado la Patagonia de animales y plantas para que las tribus pudieran alimentarse. La ballena, que es un mamífero que respira aire como todos los seres terrestres, no vivía en el mar, sino que andaba por el campo, de un lado a otro, alimentándose con lo que más le gustara. Pero esto produjo muchos problemas.

En primer lugar, era tan pesada y tenía las patas tan cortitas, que aplastaba a su paso todo lo que encontraba: plantas, nidos, árboles y viviendas. Y por mucho que trataba de ser cuidadosa, no podía evitarlo.

Cuando iba al río a bañarse, las aguas se desbordaban y producía una inundación en la tolдерía. Pero el problema mayor fue otro. Resulta que las tribus comenzaron a notar que desaparecían cosas: perros, maras, piches, pumas, toldos, quillangos... y nadie sabía cuál era el motivo.

—¡Hay un ladrón! —decían muy preocupados—. Pero tiene que ser un ladrón muy poderoso, casi un gigante, para poder cargar cosas tan pesadas.



Entonces, un día invocaron a Elal, para que fuera en su ayuda.

—Muy bien —aceptó—. Vamos a montar guardia entre todos, día y noche, hasta descubrir este misterio.

Y así hicieron. Un grupo de guerreros rodeó la toldería y con lanzas en mano se dispusieron a pasar la noche, bien despiertos, para cuidar a su tribu y a sus pertenencias. Encendieron muchas hogueras para iluminar la oscuridad y esperaron a ver qué pasaba.

Otros se internaron en el bosque y treparon a los árboles para poder ver mejor hacia los cuatro puntos cardinales. Y también hubo quienes se fueron a la orilla del mar, para ver si el ladrón emergía de las aguas del océano.

La primera noche, no pasó nada y por la mañana estaban todos muertos de sueño y sin ninguna solución. A la noche siguiente también montaron guardia, pero como estaban muy cansados, se quedaron dormidos y cuando despertaron al amanecer, había desaparecido hasta la ropa lavada que colgaba de un tendal.

—Esto no puede ser —decía Elal—. Si no descubrimos pronto qué está ocurriendo, nos vamos a quedar sin nada.

Esto lo puso muy enojado. ¿Cómo podía ser que él, un héroe, que mandaba en los cielos, los mares y la tierra, no pudiera resolver ese problema?

Pero de pronto, sucedió algo increíble: Goos, la ballena, que estaba descansando al sol en la arena de la playa, abrió su enorme boca, dio un gran bostezo y



comenzó a tragarse todo lo que estaba a su alrededor: caracoles, estrellas de mar, pingüinos, gaviotas y hasta un lobo marino que dormía la siesta muy feliz.

Su boca parecía una aspiradora y ella ni se daba cuenta de lo que estaba pasando.

El misterio estaba aclarado, pero ¿cómo recuperar todo lo que la ballena tenía en la panza?

—Voy a tener que entrar personalmente a rescatarlos —dijo—. Voy a transformarme en un tábano.

Así lo hizo y aprovechando un nuevo bostezo se metió adentro de la boca de la ballena. Allí estaba muy oscuro. Pero Elal tenía un plan. Le clavó el aguijón en la garganta, tantas veces que al final Goos comenzó a toser y tanto tosió que por fin expulsó a todos sus ocupantes.

Así fue como recuperaron la libertad las maras, los zorrinos, los ñandúes, los árboles con sus raíces y sus frutos colgando de las ramas y todos los demás elementos que habían desaparecido en la panza del cetáceo.

Elal se dio cuenta de que eso no podía volver a repetirse, porque corría peligro de desaparecer la tribu entera, que él había creado para que fueran su compañía humana.

Entonces pensó que el mejor lugar para la ballena, con su enorme cuerpo, no era la tierra sino en el agua y decidió mudarla. Transformó sus patas en aletas y la mandó a vivir al océano, con la orden estricta de no tragar nada que fuera más grande que un pequeñísimo camarón llamado Krill.



A Goos le encantó vivir en el mar, donde pudo nadar y recorrer el mundo entero con la agilidad que nunca había tenido cuando se arrastraba por la tierra.

Y los tehuelches recuperaron la tranquilidad, aunque les llevó muchos años de espera tener crecidos los árboles y el pasto en el valle, que había sido aplastado por la ballena cuando se paseaba lentamente sobre su panza.

Julia Chaktoura. Escritora. Correctora. Editora. Productora y conductora de programas radiales (AFSCA 2014). Estudió Guion para TV en APTRA. Premios INCAA por Guion Largometraje y por Desarrollo y Producción de Series (2018). Premio CFI 2013. Tiene 23 libros publicados. Su literatura forma parte de las colecciones de editoriales de América Latina, España y EE.UU. y ha sido incluida en más de 40 antologías argentinas e hispanoamericanas.



LEYENDA DE LA MUTISIA

(Leyenda de origen mapuche)

Versión de Graciela Fernández Coronel

Hace mucho, mucho tiempo, cuando los hombres y la tierra eran el uno con el todo, en un paraíso del sur patagónico, en la zona del volcán Lanín, vivían dos comunidades permanentemente enfrentadas. El rencor y el enojo habían enceguecido sus corazones.

Pero como siempre existen aquellos que mantienen el alma encendida, la hija del cacique de una tribu, *Lihuén* y el hijo del jefe del otro clan, *Limay*, se habían rendido al hechizo del amor.

Una oscura noche durante la ceremonia mapuche del *nguillatum*, la *machi* vigilaba junto al *rehue*. De pronto, el sonido prolongado del *tiuque* interrumpió el silencio. Era de mal augurio. Sintió muy dentro de ella el presagio de algo tenebroso. Su mirada atenta recorrió cada rincón descubriendo así a Lihuén que con mucho sigilo se escabullía, pues era la hora pactada para el encuentro con Limay. ¿Sería este el suceso anunciado por el ave agorera?

La *machi* creyó oportuno consultar al *pillán* si era adecuado comunicar este suceso al padre de la joven. Y el sí del espíritu poderoso de su dios, terminó por convencerla.

Delatado el accionar de los jóvenes, se escuchó por segunda vez el alarido prolongado del *tiuque*. Tras la



persecución y captura de los enamorados, el cacique decidió el castigo. Ante la sentencia, el pájaro emitió un nuevo aullido largo y doliente.

En medio de feroces gritos, con lanzas y machetes, dieron muerte a la pareja que amarrada a un poste, estrenó un llanto quieto, un llanto de redención.

Al despuntar el nuevo día, los responsables quedaron petrificados al ver la escena que se presentaba ante sus ojos. La última imagen grabada en sus retinas, había sido la de Lihuén y Limay amarrados al poste. Ahora, las luces de la aurora de esa jubilosa jornada de estío, les revelaba un enhiesto *maitén*. Y ceñida a su corteza y ramaje, una bella enredadera de vistosas flores de color naranja.

-¡*Quiñilhue!*-exclamaron-¡*Quiñilhue!*

Y así llaman desde entonces a la mutisia, flor que veneran recordando cómo el odio y el rencor pueden transmutarse por la energía del Amor.

Protegidos por el *Gran Padre Futa Chao, Lihuén y Limay en la transparencia de la Luz del país del cielo, el huenu mapu, siguen abrazados a su Camino.*

Lihuén: luz Limay: río claro, transparente

Graciela Fernández Coronel. Nacida en Gaiman, Chubut. Profesora para la enseñanza Primaria y Profesora de música. Coordina Talleres literarios (niños y adultos) del Grupo Literario Encuentro. Ha obtenido premios en poesía y prosa. Medalla de Oro en el Eisteddfod de la juventud, año 1973, Corona del poeta en Eisteddfod Trevelin año 2017, entre otros. Coautora de once antologías y de Juguemos en el bosque. Autora de Garabatos de sol, para niños.



EL ROJO TERSO DE SU VOZ

Historia de Anahí, una princesa ribereña

Versión de Mabel Zimmerman

La siesta calurosa azota el monte costero. Unos pocos trinos disimulan el ardor del silencio. El río la busca, los laureles la esperan, un sauzal extraña la voz de la niña, el agua, siempre marrón, mece los juncos al ritmo de una canción melancólica. Todo el universo litoral susurra las tonadas que alguna vez Anahí echo al viento.

El cabello largo y desordenado, los ojos negros, severos como el sol del estío, sus rodillas toscas, su piel cobriza iluminada por la luna en caminatas solitarias la reconocían. La tribu guaraní respetaba a Anahí por su bondad y su franqueza.

Pero la verdadera hermosura de la princesa del litoral estaba en su voz. Sus rasgos y sus movimientos rudos daban sostén a la dulzura de su canto angelical. Todo se detenía en el rancherío cuando Anahí cantaba. Cada habitante dejaba su tarea para escucharla.

¡Cántame Anahí! ¡Canta para mí que el sol arde en mi espalda!

Ella alzaba la mirada y sus labios anchos iniciaban un vuelo de palabras que detenían el aleteo de los pájaros e incluso el paso de las nubes. El paisaje entero se aquietaba para impregnarse de su canto y volverse más verde y más fresco.



Eran épocas de luchar por todo: la comida, el terreno donde vivir y la libertad. Los guaycurúes, al servicio del enemigo blanco, querían lo que era de Anahí y su tribu. Ella, entonces, con su voz firme y clara, llamó a su pueblo para defender la libertad. Junto a ellos, con sus flechas afiladas, estaba dispuesta a protegerla con la vida.

Así fue como en una de las luchas por su territorio, cayó al suelo por esquivar una lanza y fue apresada por el enemigo.

En el encierro, que compartía con cuatro guerreros de su tribu, lastimada, en medio de la oscuridad, sobre el piso húmedo y maloliente, llena de miedo, comenzó a entonar una de las melodías más encantadoras de su pueblo. Sus compañeros y los guardias se quedaron dormidos como mecidos por una canción de cuna.

A la mañana siguiente la celda estaba vacía. Inmediatamente los guaycurúes salieron a capturar a los prisioneros.

No supo el monte ocultarla, Anahí fue recapturada y sentenciada a morir en una hoguera. Ataron su cuerpo a un árbol e hicieron fuego a sus pies. La jovencita alzó la mirada y con sus labios anchos inició ese vuelo de palabras que su pueblo y su monte tanto conocían.

Su voz coloreó el paisaje de tonos inesperados. Anahí cantaba y cantaba; no se veía su cuerpo. El fuego se hizo sol de verano, y el humo nubes de lluvia.

Anahí murió cantando. A medida que el humo se disipaba, el canto se hacía más leve. Del árbol que habían



destinado a ser quemado comenzaron a brotar pequeños capullos rojos y tersos como la piel de la princesa garaní.

Si el canto de Anahí hubiese tenido color, sería el de la flor de seibo, si la tersura de la flor de seibo tuviera un sonido, se parecería al de la voz de Anahí. Su fortaleza y valentía quedaron transformadas en ese tronco rústico y fuerte que sostiene tanta belleza fresca e intensa.

El monte lo sabe, el río también. Es por eso que cuando florecen los seibos el viento silba diferente, los trinos son otros, el río canta una canción nueva.

Son los sonidos que aprendieron de la voz de Anahí, nuestra valiente princesa litoraleña.

Mabel Zimmermann. Mi nombre es Mabel Zimmermann y hubo una vez que me empezó a interesar la literatura para las infancias. Por eso estudié sobre educación y literatura infantil, la experimenté con niños y niñas muchos años, escribí sobre ella para docentes y produce libros para que lean los más peques y los más grandes, de 0 a 12 años junto a sus familias y docentes.



LEYENDA DEL VENADO TUERTO²

Versión de Alma Zolar

“Había una vez, en el sur santafesino, un venadito de las pampas, que fue criado por los soldados del fortín en estos parajes. El tierno animalito había perdido su ojo, al huir del ataque de un grupo de cazadores. Por esa condición, fue criado con compasión y benevolencia por los hombres con quienes compartía la adversidad y el peligro del ataque del malón.

Con el paso del tiempo, el fortín fue transformándose en colonia y la tierra fértil comenzó a florecer... Entonces, cuando se avecinaba el malón, el venadito llegaba velozmente a resguardarse del peligro, anticipando el asalto del enemigo.

² Los nacidos y criados en Venado Tuerto, crecimos escuchando este relato, en la voz de nuestras abuelas, maestras y contadores de historias... Sabemos que hubo algunos intentos fallidos de cambiar el nombre de la ciudad. En cada oportunidad, fueron los mismos venadenses quienes conspiraron a favor de éste animal que representa, para la tradición gaélica, la fuerza, el poder y la renovación. También en el folklore celta, el venado simboliza una figura espiritual. Eduardo Casey, fundador de nuestra ciudad, de ascendencia irlandesa, traía en su bagaje cultural aquellos cuentos en los cuales el venado habita el mundo sutil de las hadas y seres mágicos.

La leyenda del Venado Tuerto dio origen a un topónimo que representa la identidad ontológica de los habitantes de esta particular ciudad. Localidad que cuenta con 140 años de historias que se transmiten de generación en generación, a través de los relatos, en conversaciones espontáneas entre abuelos y nietos, adolescentes y jóvenes, padres y madres en plazas y espacios verdes...

Un nombre que despierta la curiosidad de quien lo escucha por primera vez y, la imaginación de quienes tienen en su constelación familiar, el mestizaje cultural de Europa y América ancestral.



Don Eduardo Casey, al conocer el relato que circulaba entre los baqueanos, llamó a éste territorio Venado Tuerto, a modo de homenaje y agradecimiento a esa criatura que, con misterioso instinto, acompañó el nacimiento de esta ciudad tan próspera y progresista.”

Alma Zolar. Nacida y criada en Venado Tuerto, provincia de Santa Fe. Sus padres y abuelos le transmitieron las historias maravillosas de su niñez. Creció entre las canciones, danzas y melodías que cultivan los habitantes de ésta próspera región. Es maestra jardinera y profesora conformadora. Las palabras, que en la infancia atesoraba como juguetes, hoy son llaves mágicas que abren puertas hacia mundos imaginarios en los talleres que coordina. Es autora de “El Venado Maravilloso”, un blog de Cultura de Paz, editora del boletín “La Comarca del Venado” y varios libros para niños y jóvenes. Corresponsal literaria de Venado Tuerto desde 2.017 *Pseudónimo de Gabriela Elsa Perrera



LA LEYENDA DEL DELFÍN GUÍA

Versión de Edith Esther Albaini

Cuentan lugareños de un pueblito costero de la Patagonia, que un joven pescador llamado Kai, era conocido por su valentía y habilidad en el mar. Un día, mientras salía a pescar, una terrible tormenta lo sorprendió lejos de la orilla. La tempestad era tremenda, gigantescas olas movían la embarcación como una cáscara de nuez y el viento aullaba enloquecido presagiando la tragedia. Las posibilidades de sobrevivir eran escasas.

Kai iba perdiendo fuerzas, su cuerpo afiebrado alucinaba y los fantasmas de sus seres queridos que habían partido ya hacía muchos años, rodeaban su barca. De pronto, cuando creía que todo estaba perdido y Kai se preparaba para morir, un delfín apareció a su lado. El delfín nadó en círculo alrededor de Kai como si lo estuviera protegiendo, y luego lo acompañó hacia la orilla.

Kai siguió al delfín, que lo guio a través de las olas turbulentas hasta que finalmente llegaron a la playa. Desde ese día, los delfines fueron considerados protectores de los pescadores y guías en el mar.

Se dice que, si un delfín te guía, encontrarás tu camino en medio de la tormenta y kai nunca olvidó al que lo salvó, y siempre llevó un pequeño amuleto de delfín en su barco como símbolo de gratitud.



En la mitología griega, el delfín era considerado un animal sagrado asociado con el Dios Apolo y el Dios Poseidón.

En algunas culturas indígenas de América del Sur, como los quichuas y los aymaras, el delfín es visto como un guía espiritual que ayuda a las almas a encontrar su camino al más allá.

En la cultura popular, la leyenda del delfín guía se ha popularizado a través de historias y películas que presentan a los delfines como criaturas inteligentes y compasivas que ayudan a los humanos en situaciones de peligro.

En las aguas cristalinas de la Patagonia, los delfines bailan con su gracia y libertad, hermanados con la naturaleza.

Edith Esther Albaini. Nació y reside en Puerto Madryn Chubut. . Fue Corona del poeta en el Eisteddfod de Trevelin , año 1991 Medalla de Plata en el Eisteddfod del Chubut, año 2014 con su poema “ Patio de lilas” Reconocimiento por su trayectoria poética en la Colectividad Árabe del Noroeste del Chubut. Año 2004. Reconocimiento al mérito por su labor cultural en Literatura por la Municipalidad de Puerto Madryn. Año 2010. Pertenece al Grupo Literario Encuentro y participó en varias de sus antologías. Es artista plástica, cantante, ejecuta varios instrumentos y escribe para niños. Autora del CD infantil” El gato Colifato” (letra y música de su autoría) El casamiento de la mona Juana y el libro de poesía “ En los muros bermejos”.



LEYENDA DE LA ARAÑA TEJEDORA

(Leyenda de origen mapuche)

Versión de Stella Maris Dodd

Había amanecido un día primaveral. En medio de la meseta patagónica se levantaba un toldo no muy grande, pero bien dispuesto. Allí vivía la familia Nahuelquir, formada por el papá, la mamá, una hija de unos quince años, llamada Mailén y sus dos hermanos mellizos de cinco años.

Era el tiempo en que los mapuches y tehuelches vivían de la caza y de la pesca, recorriendo el desierto que bordea el río Chubut. O si se alejaban, buscaban el agua en alguna laguna natural que se forma tanto entre las montañas, como entre las lomas.

Ellos creían que tanto los animales como las plantas tenían sus espíritus protectores. Por eso, antes de apropiarse de ellos, les pedían permiso a esos espíritus, haciéndoles una rogativa previa a su partida, para no tener que soportar un castigo posterior.

Mailén, desde la abertura del toldo, vio a su papá sobre el caballo, preparado para salir a cazar algún avestruz o algún guanaco, porque se estaban quedando casi sin alimentos. Observó a su mamá despedir al papá, dándole una bolsa con provisiones para el viaje. Y luego siguió contemplándola, atareada en la limpieza del toldo y en la atención de los varones. La madre, al verla tan



desocupada, le pidió que fuera a lavar la ropa de la familia.

La niña salió con su carga hacia un recodo en el río, donde las aguas se tornaban más lentas. Allí se introdujo hasta las rodillas y comenzó a refregar las manchas más intensas que sus hermanitos generaban al comer.

Como ya el tiempo era más cálido, le provocaba un gran placer estar en el agua, entonces se puso a cantar. Su voz era tan suave y dulce, que atrajo a un jinete que pasaba por allí. Ella estaba tan concentrada en su trabajo que no lo escuchó llegar. Él se bajó del caballo y se acercó lentamente hacia ella, y cuando estaba casi a su lado le preguntó: - ¿Qué haces aquí tan sola?

Mailén se llevó semejante susto, que lo único que atinó a hacer, fue gritar - ¿Quién es usted? mientras se desparramaba en el agua con la ropa lavada.

Él se metió en el río para levantarla y con voz muy suave y calma la tranquilizó diciéndole que estaba cazando y que había quedado maravillado con sus canciones. Ella le agradeció, mientras trataba de recuperar las prendas caídas. Entonces él, en un descuido, la tomó por la cintura y la subió a su caballo. Luego escapó a todo galope, hacia las montañas.

Ante semejante atropello, la niña se esforzaba por soltarse de su captor, gritando y pataleando. Pero al rato, ante la superioridad de su fuerza, y creyendo que ya nadie la escucharía, se calmó. Su mente solo pensaba, en cómo huir de ese hombre, para volver con su familia. Se le ocurrió, que en la oscuridad de la noche, cuando él se



durmiese, ella intentaría escapar. Pero él la ató a una de las patas de su caballo, así ante cualquier movimiento de la joven, el animal lo pondría en alerta.

Mientras la luna se corría en el horizonte, ella con tristeza, recordó la tradición de los mapuches de entonces, para los que era habitual que las jóvenes fueran raptadas para contraer matrimonio con sus secuestradores. De modo que simuló aceptar la situación por el momento.

El hombre comenzó a alterarse y dejó de tratarla con naturalidad. La última noche del viaje, no le importó dejarla sin el fuego encendido, a la intemperie, en medio de la precordillera.

Ya no la atendía con las comidas como antes. Así que Mailén empezó a temerle.

Luego de tres días de viaje, llegaron a la propiedad del cazador. Allí respiró más aliviada, por lo menos no pasaría frío. Al mismo tiempo, tomó conciencia de que si quería escapar le resultaría difícil encontrar el camino a su casa, así que se resignó y pensó que su Dios, Ngnechén le había mandado a este hombre para que ella estuviera con él toda la vida.

Pasaron unas semanas en las que tuvo que aprender las costumbres de ese rancho. El hombre era bastante mayor, por lo tanto, le tenía poca paciencia. La joven por miedo, trataba de hacer todas las tareas de la casa lo mejor posible, por lo tanto, trató de recordar cómo hacía su madre con el toldo, no obstante, muchas veces fracasaba por su inexperiencia.



La joven comenzó a evaluar su situación. Si bien era un hombre hosco en el trato, debía reconocer que allí nunca faltaba la comida, que no debía ir al río a lavar en invierno, sino que el agua estaba en un tanque en el rancho. Había muchas ovejas en el campo. En el caso de que su papá reclamara una dote por el casamiento, él cazador podría pagarla

Un día, muy temprano al levantarse, el hombre le anunció que tenía que cruzar la cordillera para ir a Chile en busca de unos animales, pero que no demoraría mucho en regresar.

Entonces, le mostró un cuarto lleno de vellones de lana que llegaban hasta el techo, eran de la esquila de todas sus ovejas.

Le dijo: - Cuando yo vuelva, quiero ver toda esta lana tejida... y luego nos casaremos.

Mailén, por temor, no se animó a decir nada. Una vez que el hombre partió, ella se puso a llorar. Lloró y lloró porque no sabía tejer. Optó por sentarse al lado del fogón y allí el Espíritu del Fuego, Koñoiwe Kushe, quiso ayudarla y le habló así: - No llores más, yo iré a buscar a Llalliñ Kushe, (araña vieja) la gran araña tejedora, para que te ayude.

La joven se sorprendió al escuchar eso. A los pocos minutos, vio descender por la chimenea a una araña muy viejita que se movía con dificultad. Mailén la miró con respeto, pero con miedo al mismo tiempo.

La araña le dijo: - ¡No llores niña, que yo te enseñaré a tejer! Solo tienes que hacer todo lo que haga yo.



Y ahí nomás le tejió con su propia tela, una pulsera para la muñeca de la joven, así se protegería de Weza neguen el “Espíritu del Mal” que hace que las tejedoras se equivoquen en los diseños.

Mailén le copió todos los movimientos con la mayor atención, y así estuvieron las dos, días y días, donde no solo tejieron los vellones de lana, sino que además buscaron cortezas de los árboles, ramas de distintos arbustos y otras especies, y tiñeron de variados colores las matras, los ponchos y demás prendas de abrigo.

La niña tejió y tiñó algunas prendas con colores especiales pensando en su familia. Los puntos quedaban apretaditos en algunas hileras, invadida por la nostalgia. Fueron muy importantes los dibujos que eligió para cada prenda, pues serían protectores de quienes las usaran. Además, quería dejar testimonio de su amor por ellos. Era una tarea tan espiritual que elevaba su alma hacia la eternidad.

Cuando regresó el dueño de casa, con su rebaño de ovejas nuevas, se maravilló ante el milagro de todo el trabajo realizado, y con gran alegría la felicitó por las hermosas prendas que encontró. La joven estaba tan contenta, por lo bien que él empezaba a tratarla, que las hileras del tejido comenzaron a salir más sueltas y parejas, por lo que su estado de ánimo recuperó la tranquilidad que necesitaba.

Desde tiempos ancestrales, cuando nace una niña entre los mapuches, se busca una telita de araña en los alrededores de los bosques o entre las plantas, para



tejerle una pulsera que rodee su muñeca, así en el futuro será una gran tejedora, como Llalliñ Kushé.

Stella Maris Dodd. Profesora y Licenciada en Letras, Bibliotecaria Profesional e Investigadora de la historia patagónica a través de la fotografía antigua. Vive en Gaiman (Chubut). Participó de Congresos Nac. e Internac. de Literatura: Fotografía Antigua; Historia; y Bibliotecología. Publicó los libros: “H. E. Bowman – Fotografías” (Ensayo 1988); “Asociación San David–Cien años en el Chubut”, (Ensayo 1993); “Al Sur de Dios” (poesías 2003) y “Tehuelches y galeses: hermanos en el desierto” (Ensayo 2017), “Juguemos en el bosque (Cuento Infantil 2024). Coautora de varios libros con escritores regionales y nacionales. Varios premios regionales, y nacionales.



LEYENDA DEL VOLCÁN LANÍN

Versión de Luis Ángel Della Giovanna

Hace muchos años, para los mapuches, el volcán Lanín era un lugar sagrado en la actual provincia de Neuquén. Según cuenta la leyenda, vivía allí el dios Pillán, que llevaba el control de los terremotos, las lluvias, los volcanes y era gran defensor de la naturaleza; pero, cuando se enojaba, todos sentían temor, un enorme temor.

Un buen día, un grupo de hombres jóvenes de la tribu Huaiquimil fueron a cazar huemules por las inmediaciones del volcán. Si lo lograban, podrían cocinar su carne para saciar el hambre y abrigarse con sus pieles para combatir el frío. Sin darse cuenta, ansiosos por lograr su objetivo, fueron subiendo y subiendo hasta llegar a una gran altura. Lo que no advirtieron era que alguien los estaba vigilando, nada menos que Pillán. Al ver que estaban atentando contra la naturaleza con la matanza de los huemules, el dios enfureció de tal manera que, sin piedad alguna, desató un tremendo temporal y el volcán entró en erupción, arrojando lava, mucho humo y cantidades de cenizas. Tan así fue que los pobladores entraron en pánico y no sabían qué hacer para calmar la ira de Pillán.

De repente, a alguien se le ocurrió que lo mejor sería consultar al hechicero de la tribu y eso hicieron. La respuesta de este brujo fue que, para tranquilizar al dios, tendrían que ofrecerle la vida de la hija menor del



cacique de la tribu. Huilefun -así se llamaba- era una criatura muy bonita, amable, a la que todos querían mucho. ¡Cuánta tristeza sentían los lugareños por tener que sacrificarla, lanzando su cuerpo a la hoguera volcánica!

Siguiendo las indicaciones del hechicero, el valiente Quechuán fue el joven que debió llevar a la princesa a la montaña y la dejó abandonada en el lugar donde soplaban intensamente los vientos.

De inmediato, apareció un cóndor volando majestuosamente, con sus ojos refulgentes con llamaradas de fuego. Sin demorar un instante, tomó a Huilefun con sus garras, se elevó con ella y luego la arrojó en el cráter huracanado, Súbitamente, el cielo quedó oculto por densos nubarrones y la hoguera fue cubierta por una nevada espesa.

Desde ese momento, el volcán Lanín permanece silencioso, apagado. Seguramente, sus fuegos están ocultos debajo de su cúpula blanca.

Así castigó Pillán a los cazadores de la tribu. Y fue efectivo, ya que no está permitida la caza de huemules en la zona.



Luis Ángel Della Giovanna. Nací un 25 de agosto en Exaltación de la Cruz, provincia de Buenos Aires. Soy Profesor en Letras con un par de especializaciones. He sido directivo y profesor en la Ed. Secundaria como así en la capacitación de docentes en mi área de incumbencia y me he dedicado, a la Ed. Superior. Ya jubilado, me desempeño como Profesor de la UNSTA en la Lic. en Literatura Infantil y Juvenil y, además, soy miembro de la Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil, y coordiné un grupo de lectura. Me gusta mucho viajar, conocer otras culturas y paisajes. Actualmente vivo en CABA, una ciudad que disfruto y quiero.



LEYENDA DE LA LUZ MALA

Versión de María Julia Druille

En el imaginario popular de Argentina (especialmente en el Noroeste), Uruguay y Chile esta leyenda es una de las más famosas y reconocidas. En algunos lugares se la llama “Farol del diablo” y esto tiene que ver con su forma particular de hacerse ver ya que aparece de noche como una luz muy peculiar distinta de la de la luna, parecida a la de un foco o un farol, de mucha luminosidad, flotando bajo, que a veces se queda quieta, u oscila de un lado a otro, o comienza a andar despacio, pero a veces persigue con mucha velocidad al caminante o al viajero. Muchos le temen y no es para menos.

Sus lugares de aparición son los descampados, la montaña, el campo. Especialmente los camioneros, que transitan por largo tiempo por los caminos aseguran haber visto la luz mala.

Muchas interpretaciones se le han atribuido: el alma de un difunto en busca de su sepultura, el alma de personas que han perdido la vida injustamente y han sido enterradas en medio de la nada y no en un cementerio por eso buscan que se haga justicia, pero como no lo consiguen intentan asustar a la gente, y también otras teorías que difieren, según la zona.

¿Cómo hacerle frente si se acerca? Aunque dicen que es muy poco probable que se aproxime,



la gente cuando la ve, reza, o mira para otro lado o muerde la vaina de un cuchillo, si lo lleva consigo. Esta última forma de hacerle frente a la luz mala viene desde la época de los caudillos, de los unitarios y federales o tal vez desde la colonia, que eran momentos en que los gauchos iban munidos de un cuchillo, útil para la defensa y la supervivencia.

Hasta el más curioso quedará sin ganas de volver al otro día al lugar donde vio la luz mala, pero se cuenta que hubo algunos valientes que sí lo hicieron y dicen haber encontrado piezas de alfarería de pueblos originarios o también metales como plata y oro.

Como toda leyenda tiene muchas versiones, pero todas coinciden en los puntos fundamentales de los que ya hablé.

Lo cierto es que cuando aparece, atemoriza, sobre todo porque se desconoce el motivo y porque surge en medio de la oscuridad. He hablado con varios grupos de camioneros que contaron haber visto esa luz en muchas ocasiones.

Especialistas y científicos, descreídos de las leyendas, afirman que se trata de un fenómeno químico de fosforescencia causado por la descomposición de sustancias orgánicas sobre el suelo o enterrados a poca profundidad. Pero, además, también pueden producirse luces o destellos con el reflejo que la luna genera sobre huesos y restos fósiles de animales, que frecuentemente se observan en el campo y las montañas.



Mucha gente afirma haber tenido la experiencia de ver la luz mala pero cuando se les informa sobre la explicación científica, la niegan. No la admiten, porque la luz apareció justo ahí sobre la tumba de algún conocido, dicen, o explican la historia del hombre que no fue enterrado como se debía.

Puedo contar una historia que vivió mi suegra cuando era pequeña. Vivía en el campo, cerca de San Luis y justo era la época en que su madre se había enfermado. Su padre muy seguido tenía que llevarla de urgencia hasta el pueblo y la dejaba a ella al cuidado de sus hermanos. Una noche de verano en que sus padres se habían ido al médico, sintieron ruidos en la casa, ya era tarde y se habían acostado. Le dio tanto miedo que levantó a sus hermanos y salieron corriendo descalzos., rumbo a una tranquera. En eso vieron la luz mala que venía rápidamente hacia ellos como un fantasma, se abrazaron y cerraron los ojos y así permanecieron hasta que volvieron sus padres. Los encontraron llenos de pinches y rosetas en los pies, pero la luz mala ya se había ido.

Cuando le quise explicar lo que la ciencia decía, me contestó que, aunque era chica en ese momento, ella sabía muy bien lo que había visto.

María Julia Druille. Autora nacida en Villa Maza. Licenciada en Letras por la U.B.A. y traductora Pública de francés. Publicó cinco libros de poesía, dos libros de cuentos, cuatro novelas juveniles, dos libros para niños y sus ensayos integran diversas antologías. Fue vicepresidente de la ACademia de LIJ y conduce periódicamente el programa de FACRA "Por los caminos de la cultura". Es directora de la Editorial Tersites.



LEYENDA DE LA LUZ MALA

(de la región de Belén, Catamarca)

Versión de Claudia Carrizo

Cuentan los pobladores que una vez un hombre que tenía mucho dinero, oro y plata. Vestía de traje, sombrero y pañuelo al cuello, así también, vestía a su caballo, usaba montura, freno, rebenque y espuelas de oro. Siempre andaba reluciente y brillante.

Belén es un pueblo que es dividido por un río ancho y muy largo, en invierno es seco, pero en verano se embravece porque crece muchísimo, arrastra árboles, animales y todo lo que está al paso.

Este señor era desafiante, y un día desafió al río crecido. La creciente de esa noche era furiosa y más grande que nunca, cuentan. El hombre animó a su caballo a cruzar, pero el agua oscura del río, y el barro y las piedras hundieron al caballo y a su jinete, nunca más lo encontraron ni cuando el agua mermó.

Dicen que, desde entonces, sale una luz muy brillante en el río, según los conocedores, es el resplandor de tanto oro que se tragó el río. El hombre rico y soberbio desapareció, pero su luz recuerda que su ánima anda por el río.

Claudia del Valle Carrizo. Profesora en lengua y literatura, Licenciada en Letras, diplomada en literatura infantil, Esp. en lectura y escritura. Trabajo en el nivel secundario y en el terciario, formo parte del equipo de investigación de la Universidad Nacional de Catamarca.



EL DUEÑO DEL MONTE Y UNA ANTIGUA PROFECÍA

Versión de Norma Sayago

Muy cerca de la costa del río Salado, oculto en el paisaje vegetal del monte, vive el Gran Sachayoj. Inmóvil contempla las aves sonoras, la fauna salvaje, los blancos pilpintos después de la lluvia y los rayos de sol que se filtran entre el follaje. El dios del monte está triste. El búho Rumi Ñahui le trajo esta noticia: -están llegando hombres extraños, montados en unos animales que parecen guanacos, pero no lo son, porque el pelaje es negro. -Y no deben venir para cosa buena, sentenció.

Sachayoj fue a preguntar a Viracocha, que era el dios supremo y él le confirmó lo dicho por el búho, es más, le dijo que tenga cuidado, porque él iba a ser el primero en morir. Ellos traen un dios. También señaló que el oro será su afán.

-Voy a enfrentarlos con mis propias armas, dijo Sachayoj. Y el búho sonrió.

Sachayoj usó su poder de transformarse. De un anciano barbado que era, unas veces tomaba la forma de un animal cualquiera, otras, mitad humano, mitad animal, por ejemplo, la cabeza de tigre y el resto hombre, y así daba miedo, de solo verlo.

En cuanto vio a los invasores, transformado en un tigre, los atacó. Otro día, convertido en ave de rapiña,



sobrevoló por sobre sus cabezas. Así se pudo enterar hacia donde se dirigían.

Ellos, los recién llegados, conocían de su existencia por los indios yanacunas, que eran como los traductores de las leyendas de estos pagos y que los acompañaban desde el Perú. Entonces lo buscaban con armas que echaban fuego, para destruirlo, pero jamás lo encontraron. En algunas ocasiones, se ocultaba en un frondoso quebracho, y por más que lo buscaban, no lo podían ver, pero él sí los veía, en medio del griterío de las catas que colgaban de las ramas.

Otras veces, a lo lejos, se escuchaba su grito aterrador, los perseguidores, detenían el paso con gran susto, con sus arcabuces listos, esperaban. Pero nada. Solo el silencio era la respuesta, porque el bosque siempre bullicioso, parecía también confabularse. Al anochecer trasmutaba en ñan arcaj, se ponía en el camino y asustaba a los caballos quienes se descontrolaban dejando abandonados a sus dueños.

Ya lo había dicho Rumi Ñahui, moviendo su cabeza de un lado para otro: -la lucha será desigual.

Claro, ellos, los invasores tenían armas poderosas. Y empezó el ruido de las hachas, se abrieron picadas, se cortó los troncos más hermosos para edificar ranchos inmensos.

Pasaron muchos días y meses, cambiaron las estaciones del año. Con el tiempo, la población que habitaba desde siglos, se mezcló con los que bajaron de las montañas, que tenían la particularidad de ser blancos, de ojos



claros y con el pelo como sunca de choclo. Para ese entonces, el protector del monte había dejado de estar al acecho y cada vez se escondía más y más más en la espesura, hasta que un día, no se supo nada más de él.

Un acontecimiento vino a romper el paisaje tranquilo del bosque. Otra vez las hachas, esta vez con mayor intensidad, porque cuadrillas de hombres derribaban inmensos quebrachales, para hacer los durmientes o postes por donde transitaría como flecha un león rugiendo, era el ferrocarril que atravesaba la selva virgen. Muchos años transcurrieron haciendo esto y cada vez hubo menos monte.

Otra oleada de destrucción sufrió el monte ancestral muchos años más tarde, cuando los habitantes se hicieron ricos, y pensaron que lo serían mucho más, si destruían lo que quedaba del bosque y sembraron y sembraron sin parar y vendieron lo producido más allá de los mares. Y quemaron el monte para tener más tierras y avanzar con sus ambiciosos proyectos. Grandes hogueras se levantaban, llenando de humo las ciudades. El paisaje fue un gran desierto, la tierra se resquebrajaba al no haber árboles que contengan la humedad, aumentó el calor en el planeta, el viento al no tener contención corría a sus anchas por la gran pampa.

Angustiados los pocos animales que no se extinguieron, un día se reunieron y dijeron: -el hombre cada día vive con más comodidad y nosotros no tenemos casa, porque ha sido destruida por él.



-Vayamos a buscar a Sacháyoj, él nos salvará, dijo el Suri preocupado, aprestando sus largas patas para correr.

El búho, que es inmortal, con sus ojos de piedra, estaba ahí para guiarlos. Y los llevó a la espesura de un monte que solo él conocía, al pie de un añoso algarrobo, les mostró una tinaja con guardas donde estaban dibujados tres animales: la lechuza, la serpiente y el tigre. El búho indicó: -Ahí está el dios del monte. Sus restos fueron guardados aquí por la última tribu sin mestizar, antes de huir hacia el Chaco Gualamba, con la idea de que el Gran Sachayoj quedara en lo que fueran sus dominios desde épocas pretéritas. Algún día, despertará, los dioses son inmortales.

La Madre del monte que andaba con ellos, se acercó, tocó con mucho cariño la urna funeraria que contenía los restos del antiguo protector del bosque. La Sachap Maman, ese era su nombre en quichua, les propuso: -Lo llevaremos a un lugar más seguro, a donde nadie lo pueda encontrar. Será invisible ante los ojos de los hombres. Pero no para nosotros. Vendremos a venerarlo siempre. Quizá algún día alguien lo resucite.

-¿Eso, será posible?, preguntó la Guasuncha, que no la convencía mucho la explicación que dio la madre del monte.

-Volverá, ya lo dijo una antigua profecía. Es ley en la naturaleza, lo que fue, será, le contestó la Madre del monte, muy segura.



La iguana, que mucho sabía del pensamiento ancestral, pero se había olvidado, porque era muy vieja, preguntó con voz ronca: --¿Será seguro este lugar, los hombres no lo destruirán?

El Oso hormiguero le contestó: -Nadie lo podrá ver. Recuerda que él tenía el poder de hacerse invisible y así podía defendernos del cazador. Ahora también lo será, ¿no oíste lo que dijo nuestra madre del monte? -Él, siendo el espíritu del monte, sigue vivo, solo que ahora no puede actuar, dejémoslo descansar, concluyó el Tatú.

Ante estas palabras, nadie dijo nada. Los animales estaban desorientados, aun así, todos tenían la esperanza de poder ver nuevamente al Señor del monte y que el bosque fuera un regocijo, como lo fue al comienzo.

Encontrado el lugar en el centro del bosque, colocaron la sagrada ofrenda con los restos del Sacháyoj, al pie de un inmenso quebracho. Los gigantes árboles que estaban a su alrededor, fueron cerrando sus copas a modo de brazos que se unen para esconder los restos del gran dios de la selva. Desde el árbol sagrado, el Tacko de los Diaguitas, Sanavirones y Tonocotés, se oyó un himno cantado por las aves sonoras del bosque, en homenaje al ilustre muerto.

Terminada esta ceremonia, los animales se volvieron cada uno a su hábitat con el convencimiento de que, en algún lugar del monte, bien escondido, se encuentra su eterno cuidador, el que tal vez despierte algún día, porque ellos saben que todo retorna en la naturaleza.



Y reverdecerá el bosque milenario, secreto anhelo de los pájaros, absortos tunales brindarán sus dulces frutos, será otra vez, refugio del viento norte, se inundará de verdor la llanura entera, ya no los lamentos de cardos resecos, ya no la tierra agrietada y sola, ya no la primavera con estíos de fuego, quimiles siempre vigilantes, guardianes del tiempo y de un linaje que no muere, la fauna toda en silenciosa espera, por el feliz retorno.

El hombre sabedor de esta utopía, redescubre la resurrección de la ashpa pura ishckay mayuspi, ubicada entre los ríos Dulce y Salado.

(Del libro: Relatos y leyendas del monte santiaguense (inédito))

Vocabulario: Sachayoj: dios protector del monte y sus animales. Viracocha: dios supremo de los incas, padre de todos los dioses, quien formó la tierra, los cielos, el sol, la luna y todos los seres vivos. (Wikipedia) Sachap maman: madre del monte Tacko: árbol, algarrobo. Rumi Ñahui: ojo de piedra. Hombre tigre: runaturungu ashpa: tierra; ishckay: dos; mayuspi pura: entre ríos. Ñan arcaj o atajacaminos: pájaro que al anochecer se posa en los caminos atajando el paso a los viajeros. Sunca: barba de choclo, del maíz. Mestizar, mestizaje: encuentro biológico y cultural de etnias diferentes, en el que éstas se mezclan, dando nacimiento a nuevas etnias y nuevos fenotipos. (Wikipedia). Ashpa pura ishckay mayuspi: tierra entre dos ríos, (o Mesopotamia santiaguense).

Norma Esther Sayago. Prof. en Ciencias de la Educación (UCSE), con Postítulo en Investigación Educativa (UNC) y (MECyT). Dipl. en LIJ por Sade y UVM. Docente jubilada. (Rectora del I.F.D. N°3, prof. de Práctica y Residencia y Asesora Pedagógica). Fundadora de Publicaciones Pedagógicas NUEVOS CAMINOS, revista educativa (90-2000), autora del MANUAL DE SANTIAGO DEL ESTERO NUEVOS CAMINOS. Faja de Honor de Sade por: Relatos originarios y El encuentro de los dioses, obras de LIJ; mención de honor Fundación El libro, "Proyectos regionalizados para escuelas rurales", Bs. As. 1989. Fundadora del Centro de escritores Nuevos Caminos, miembro activo de Sade. La biblioteca del IFDN°3, lleva su nombre.



LA LEYENDA DEL OMBÚ

Versión de Ana Emilia Silva

Cuentan los que cuentan, guardianes de la memoria, que hace mucho tiempo, en la pampa infinita, los habitantes originarios comenzaron a sembrar maíz y la primera recolección fue abundante. Entonces hubo festejos de agradecimiento. Los dioses habían sido bondadosos. A partir de ese día, los hombres se encargaron de sembrar y cuidar los cultivos, mientras las mujeres hilaban, hacían las telas con que todos se cubrían y los niños jugaban a hacer cuencos de barro.

El esmero, la lluvia y el sol dieron sus frutos. La buena cosecha aseguraba el alimento de la tribu. Fue época de bonanza. Pero llegó el tiempo oscuro. Por problemas de territorio se inició una guerra. En la tolдерía solo quedaron los ancianos, las mujeres y los niños. Los hombres marcharon al combate. La tristeza se instaló en la mirada de los que quedaron en la tolдерía.

El cacique, antes de la partida, encargó a Ombi, su esposa, el cuidado del maizal, quien, con un gesto de asentimiento, aceptó la misión.

Ombi era de pocas palabras. Demostraba el afecto a través del cuidado y la presencia atenta y diligente. Día tras día, fiel al encargo de su marido, cuidó los cultivos.

Una mañana vio con alegría, brotes fuertes. Entusiasmada arrancaba yuyos, regaba los surcos y protegía el sembrado. Las plantas crecían con ganas. Pero, el cie-



lo estaba tan celeste que no daba señales de lluvia. Una sequía nunca vista cayó sobre la tierra. El sol asolaba sin piedad los campos ya resquebrajados.

Los miembros de la tribu, llenos de angustia, comenzaron los rituales a los dioses, invocando el agua. Nada. Las nubes no aparecían, la aguada se secó, el viento caliente colaboró en la desgracia y las plantas tan cuidadas iban muriendo.

Ombi no se apartaba del sembradío. Solo se movía para buscar algo de agua. Para lograrlo caminaba y caminaba por la pampa reseca. Tanto esfuerzo hizo que la indiecita comenzara a envejecer rápidamente. Los ancianos de la tribu, alarmados, le rogaron que se cobijara bajo la sombra de los toldos. Pero ella permanecía firme. Con su poncho y su cuerpo, inclinada sobre la tierra, daba sombra a la única planta viva, la regaba con sus lágrimas y murmuraba palabras de amor para que no pereciera. Le hablaba dándole fuerzas. Hasta llegó a contarle lo que nunca había dicho.

Pasaron varios días en los que nadie vio a Ombi. Preocupada, su gente salió a buscarla. Al llegar al lugar de los cultivos, solo vieron una plantita de maíz, que se mantenía viva, protegida por la sombra de una hierba enorme, que tenía en sus ramas, algunos girones del poncho de la muchacha.

En homenaje a esa mujer valiente y generosa, que sacrificó su vida por el bien de la comunidad, llamaron OMBÚ a la planta solidaria, tregua y amparo para hombres y animales.



Ana Emilia Silva. Es profesora y Lic. en Letras, especializada en Literatura Infantil y Juvenil. Miembro de la CD de ALIJA. Socia de la Academia Arg. de LIJ. Escribe desde siempre y ha tenido la suerte de ser discípula de varios maestros como: Josefina Ludmer, Nicolás Bratosevich, Iris Rivera, Laura Forchetti y M.Inés Bogogolmy. Publicó en Lugar Editorial, Pasar la posta. Coordinó la Antología JUGUEMOS EN EL BOSQUE, compilación de textos de alumnos de la cátedra LIJ de EMAC donde dictaba dicha asignatura en la Carrera Formación del Escritor. Publicó el libro de cuentos sobre infancias NO TAN DORADA, Léeme un cuento Ediciones, 2024. Sus textos han sido premiados y publicados en Antologías.



LEYENDA DE LA FLOR DEL CEIBO

(origen guaraní)

Versión de María Fernanda Macimiani

Cuentan que la bella flor del ceibo fue alguna vez una valiente princesa.

Dicen que a orillas del Paraná vivía una indiecita morena y curiosa llamada Anahí. Todos adoraban su dulce voz. Ella creció entre los guerreros guaraníes, con los que aprendió a amar su tierra. Además, sabía cazar, descifrar los misterios del clima, el lenguaje de los animales y los poderes de plantas y flores.

Su padre era el cacique de la tribu y la princesa Anahí lo acompañaba en sus aventuras. Él le enseñó a proteger a los suyos y a cuidar la naturaleza. Pero sabía que pronto debería arreglar su boda para que continuara con el linaje de su sangre. La indiecita no pensaba en esas cosas y cuando cantaba, todo el monte parecía hechizado por su voz.

También cuentan que un extraño día, desde el río, llegaron aterradores hombres blancos cubiertos de cascarones brillantes como el sol. Las flechas no podían con ellos. Esos hombres que parecían monstruos implacables, destruían todo a su paso.

Entonces Anahí guio a sus guerreros con un canto que los llenó de coraje. Juntos lucharon contra los inva-



sores sin descanso, batalla tras batalla, sin rendirse. Muchos fueron muertos y otros capturados.

Hasta Anahí fue apresada, pero logró romper las ataduras y escabullirse en la enramada.

Cuando un centinela la vio ella debió defenderse y en la lucha el soldado español cayó mal herido y murió. Los gritos advirtieron a sus compañeros quienes luego de una larga persecución, atraparon a la princesa.

La tristeza tiñó todo el monte. Los invasores no podían entender la valentía de esa jovencita ni la magia de su canto guerrero. Esa misma noche la sentenciaron a muerte y la amarraron a un viejo tronco, quizá temiendo que fuera una bruja.

Dicen y aseguran que cuando encendieron las llamas a los pies de Anahí, su dulce voz comenzó a bailar con ellas. Las llamas bailaban con la canción más tierna que se haya escuchado. Los soldados vieron sorprendidos que la indiecita no era tocada por las llamas que crecían y se retorcían cubriendo el tronco sin quemarla.

Esa orilla del Paraná se llenó de nubes oscuras y los soldados de temor. Pero eso no fue todo. Al amanecer, ya disperso el humo, pudieron ver al viejo tronco convertido en un árbol frondoso, con hojas muy verdes y racimos de flores rojas como rubíes. La valiente princesa se había transformado en un bello árbol que llamaron Ceibo.



María Fernanda Macimiani. Escritora, Dipl. en LIJ, SADE Nac., Difusora Cultural, Coordinadora de Proyectos y Talleres Literarios. Corresp. de ALIJ, Integrante de SADE 3F. Editora y Diseñadora en Léeme un cuento Ediciones. Editora de Revistas Literarias como: Miradas y Voces de la LIJ, entre otras. Premios: Pregonero, Hormiguita Viajera, Beca a la creación artística FNA, entre otros. Publica en libros propios, escolares, Antologías y Revistas Literarias. Escribe narrativa (cuentos y microrrelatos), poesía (infantiles y de las otras). Hace artículos y reseñas sobre temas educativos y de LIJ. Ilustra y diseña libros. <https://mariafernandamacimiani.com.ar/> @leemeuncuento.ed



LA LEYENDA DE LA PLANTA DE MAÍZ

Versión Norma Gambino

Me contó mi abuela, que su bisabuela le contaba, que hace mucho, mucho tiempo, existía un pueblo que vivía entre las yungas de Jujuy. Sus habitantes se denominaban quechuas y se alimentaban de animales que salían a cazar con sus lanzas y recolectaban frutos y raíces que la madre tierra les ofrecía. Aun así, la gente esperaba encontrar una planta deliciosa, con granos dulces y amarillos como el sol, o colorados como el atardecer, que crecían en algún lugar, del otro lado de las montañas.

Pero llegó un día que la sequía alejó a los animales, las plantas no tenían frutos y las raíces estaban duras... Fueron días muy difíciles para las familias. Los niños se debilitaban y los hombres pedían a los dioses fuerzas para cruzar las montañas buscando alimentos para subsistir.

Los dioses conversaron entre ellos e hicieron todo lo que pudieron. Pero la sequía seguía, hasta trataron de pulverizar las montañas para que el pueblo desvalido pudiera llegar a la tierra fértil, pero no lo lograron.

Era el turno de Inti, el dios Sol, que no dudó en hacer llover, y lo logró. Luego, ante la mirada de todos, se convirtió en una pequeña hormiga negra. Nadie entendía lo que pasaba, así que pidió ayuda a una hormiga colorada que encontró y emprendieron un largo viaje por empinados caminos.



Cuando llegaron al lugar indicado, la hormiga negra tomó un grano de maíz amarillo y la hormiga roja un grano de maíz colorado y las llevaron tomándolas con sus pequeñas bocas, emprendiendo así, trabajosamente, el regreso.

Tardaron en llegar. Días y noches viajaron con la carga.

Las lluvias trajeron el alivio esperado para el pueblo. La hormiga negra, y la hormiga roja, entregaron los granos a los jóvenes pobladores para que los cultiven.

Desde entonces, el pueblo quechua agradece a Inti poder saborear los granos de maíz en todas sus formas: hervidos (mote), en tortilla, en panes, en api, en chicha, en tojorí, saciando así, el hambre de todo el pueblo.

Norma Beatriz Gambino. Nací en Adrogué el 11.09.65
Docente. Lic. En Didáctica de la Lengua y la Literatura.
Diplomada en Narración oral para gestantes y primeras infancias.
Diplomada en Narración oral orientada a tópicos adolescentes.
Vivo en Glew desde que recuerdo. Soy esposa, madre y sobre todo abuela. Antes narraba para cambiar el mundo, ahora narro para que el mundo no me cambie a mí...'



LEYENDA DE LOS ÁRBOLES ENAMORADOS

Marta Cardoso

En el corazón espeso del monte pampeano había un islote de árboles enamorados del viento. Cuando la briza tibia acariciaba sus ramas, los brotes despertaban y a los pocos días, racimos amarillentos iluminaban la oscura arboleda. Cuando la ventisca golpeaba con furia sobre los troncos, los hijos de la Tierra se fortalecían con tanto vigor que deslumbraban a los dioses de la naturaleza; las ondas ventosas purificaban sus almas otorgándoles dones y poderes infinitos.

Los otros árboles y arbustos los admiraban y se arrodillaban ante los poderosos, pero los enamorados eran indiferentes ante esas adulaciones ya que su amor era grandioso como el mismo bosque.

Se les atribuía poderes milagrosos. Aseguraban que, con un pequeño trocito de cáscara de su tronco, se podía preparar un té sanador capaz de aliviar las molestias que producía la tos, el resfrío y otras enfermedades invernales. Además, el valor nutritivo y alimentario de la planta encumbraba a la especie, brindando mayor fortaleza.

Anoticiados de los poderes curativos del prodigio biológico, vecinos y no tan vecinos comenzaron a llegar hasta esa arboleda, se proveían de corteza, chauchas, ramas y flores; y después pasaban horas y horas glorificando y adorando a los benefactores del monte.



Semejante pleitesía comenzó a molestar a otras especies que, con tremendos celos, buscaban la forma de ridiculizar al nuevo enemigo. Pero los arbolitos mágicos, ajenos a esas malignas intenciones seguían sonriéndole al viento.

Un día una atropellada y sarmentosa hierba, con vileza de bruja, decidió envolverlos con sus malignas y envenenadas ramas.

—¡Hay que matarlos! Yo los voy a secar a estos impostores—, decía mientras envolvía troncos, ramas y las flores de los enamorados árboles.

Como a ellos nada los perturbaba, la infame decidió reforzar su maleficio.

Para cumplir con la terrible faena, enojada y propinando tremendas risotadas invocó al diablo del último infierno, que era el más malvado de los malvados, implorando:

—¡Has que mueran! Que se vayan de aquí. Que se extinga la especie.

Obedeciendo, el diabólico ser los comenzó a castigar y a castigar, día tras día, noche tras noche con fuego, rayos y otras furias malignas.

Estaba a punto de cumplir con la funesta misión cuando el viento, al advertir la tristeza que los inundaba, decidió accionar con rapidez, y como no podía hacerlo en soledad, les requirió ayuda a los seres buenos de la naturaleza, fue así que mientras las fuertes ráfagas desprendieron con ferocidad a la intrusa enrollada, quién salió corriendo y despavorida del lugar, lasavecillas



monteras diseminaran las semillas por otras regiones, por otros montes y otras comarcas. El astro rey las bendijo con sus rayos templados y la lluvia las arropó con bondadosas gotas. Fue así como los grandes enamorados del viento comenzaron a crecer en otros bosques.

¿Te gustaría saber quiénes eran esos árboles?

Eran los chañares enamorados del viento, que cautivan a la humanidad con sus flores sonrientes y la luz maravillosa que emana su follaje.

Marta Elena Cardoso. Nació en General Pico, La Pampa en 1953. Autora y narradora infantil. Dedicó gran parte de su obra a la literatura infantil-juvenil. Coordina talleres de socialización con la literatura utilizando elementos de comprensión lectora y narración oral. Creadora del personaje Juan Batata, una mascota vegetal, cuyo objetivo es promocionar la educación alimentaria comenzando desde la primera infancia. Publicó más de 40 libros y participa en antologías colectivas. Junto con la ilustradora Alejandra Romero publican en forma mensual la revista “El mundo de Batata”. Editorial Ediba publicó sus obras en los manuales “Estoy en cuarto”: La ranita canta y en “Estoy en 6 to”. Texto “Inundación” y reportaje a la autora.



LA LEYENDA DEL TUCÁN

Versión de Rodrigo Carlos Hermida Liuzzi

Para Nico, mi primer lector.

En una tarde muy calurosa, el tucán Toco, así le decían, salió de su cueva de madera de árbol de caucho, en busca de un mango apetitoso para merendar, pero mangos como se dice mangos, no había por ningún lado...

¡Qué raro! -dijo Toco- siempre hay cerca de casa. Así que decidió continuar con su búsqueda. El problema de Toco era que tenía el pico muy pequeño y le costaba llegar a la parte más rica y jugosa del mango, así que tenía que esperar a que otros animales se lo comieran y dejaran algún resto por ahí. Por lo tanto, el hambriento tucán tenía que correr el riesgo de bajar de su refugio y comer, muy rápido el mango y, para colmo, mirar para todos lados por si aparecía el yaguareté, al que le encanta comer tucán a la pomarola.

Además, el suelo de la selva es el territorio del macuco, un ave muy enojona y que no permite que nadie se le acerque. Tiene un pico muy grande y liviano para desmenuzar frutas, sobre todo el apetitoso mango.

Así que a Toco se le ocurrió que podría convencer al macuco de que le preste su pico por un rato, dado que tenía muchísimas ganas de comer unos mangos enteros que habían quedado por el suelo, luego de que unos monos angurrientos se pelearan por ellos.



Entonces le propuso un trueque:

-Sr. macuco, le propongo lo siguiente: si Usted me cambia el pico por unos días yo puedo darle el poder de hacer llover.

-Momentito, momentito ¡Ud. ni siquiera saluda! – re-funfuñó el macuco.

-¡Buenas tardes!

- Así me gusta más, y... dígame... ¿Para qué quiero yo hacer llover?, ¡¿será posible?! (ya se estaba quejando el macuco)

- Es que como a usted le gustan las lombrices fresquitas, me pareció buena idea decirle que, si la tierra está húmeda, no va a tener necesidad de escarbar todo el día para conseguir las...van a salir al toque del suelo.

-Mumm -dijo pensativo mientras se rascaba la cabeza. ¿No hay ninguna trampa en esto? - insinuó el macuco.

-Para nada de nada, se lo prometo -dijo el tucán cruzando los dedos y pensando que le estaba ganando la apuesta al macuco.

El tucán ni bien obtuvo el poderoso y enorme pico del macuco se puso a devorar los mangos que estaban en el suelo selvático, mientras el macuco lo miraba sorprendido; pero cuando intentó desplegar el vuelo, no pudo. El macuco se reía del tucán que, a duras penas, se trepó a un árbol con muchísimo esfuerzo. No es tan ventajoso este pico - pensó Toco.



Así fue que el macuco usó su nuevo y pequeño pico para sacar lombrices frescas del suelo y comerlas con salsa de mango; mientras que el pobre Toco se la pasó chillando con ese sonido tan estridente porque, ahora, se había quedado sin su pico y sin los mangos.

Es así como los tucanes tienen ese pico tan grande y vistoso y hacen esos sonidos tan ásperos como una llamada de candombe destemplada y desorganizada. Y la lluvia cae y cae como si fueran lágrimas por el dolor de oídos hasta que el tucán no deja de “cantar”.

Rodrigo Carlos Hermida Liuzzi. Es profesor de Nivel Inicial, egresado de la Carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, Especialista Superior en Lenguajes Artísticos Expresivos, Especialista en Educación Sexual Integral y Especialista en Literatura Infantil y Juvenil. Se desempeña como profesor del ISPEI “Sara C. de Eccleston”. Mail: rodrigo.hermida@bue.edu.ar



LA SOLAPA

(Leyenda entrerriana)

Versión de Patricia Jaluf

Una siesta de enero, cuando el sol resquebraja la tierra, La Solapa, hada protectora de los niños, recorre los montes entrerrianos resguardada por un atuendo particular: un sombrero grandote de paja, una túnica blanca larga y con puntas, llevándose todo lo que encuentra en el camino, una solapa que casi le cubre el rostro y una bolsa de tela desvencijada desgastada y desteñida que cuelga de un palo depositada sobre sus hombros.

Se detiene en un paraje cercano a “Nueva Escocia” un paraíso rodeado de agua, vegetación y muchos niños. Familias que viven de la recolección y el trabajo en los campos. Se asombra ante tanta belleza, pero algo la intriga: -¿dónde están los niños que se escapan a las tres de la tarde en plena siesta a comer frutos silvestres, cazar palomitas y exponerse al peligro de la temida yará? ¡No los veo!- Acude a recoger sus alimentos preferidos: las frutillas del monte, moras, miel de lechiguanas y otros manjares que también son buscados por ellos.

De pronto, las palomitas lloronas comienzan su canto plañidero y un grupo compuesto por siete niños entre seis y nueve años, entiende al escucharlas que La Solapa llegó al pueblo. Con todas sus convicciones y sin nada de miedos, salen a buscarla e invitarla a un festín silvestre.



Recorren los montes aledaños y la encuentran dormida debajo de un árbol de aromito. Todo es armonioso, perfumado y dorado como el sol, el arbolito teñido de amarillo resurge como una esfera perfecta entre los matorrales, suspiran los niños ya que respirar ese aire mezcla de dulzuras y purezas, parece aliviarles el alma.

La Solapa duerme en ese vergel el mejor de los sueños; uno de ellos, el más pequeño se atreve a tocarla, le tira la túnica desde uno de sus picos, ella despierta, los mira y les dice:- ¿por qué no están en sus hogares durmiendo la siesta?

Anonadados los siete, responden: - no queremos, nos aburre dormir. Entonces ella dulcemente escarba entre sus ropas y saca una barita de palo santo, toca con ella a cada uno como dando su protección, se incorpora y así perciben muy dentro de sus cabecitas un eco, una voz interior que les dice: -no teman a La Solapa, pero obedezcan a sus padres, la siesta es sagrada y silenciosa-.

Al cabo de instantes, los ocho buscan tesoros para compartir; terminado el disfrute se van a sus hogares y La Solapa se pierde entre los montes. Siguen desde lejos sus pasos y de pronto gritan: -¡volvé Solapa! ¡Te extrañamos!... ¡Te prometemos dormir siesta! -.



Patricia Elena Jaluf. Nacida en Concordia, Entre Ríos.
Profesora en Castellano y Literatura.
Licenciada en Letras. Diplomada en Literatura Infantil y Juvenil.
Escritora. Jefa del Departamento de bibliotecas Populares e Infantiles y juveniles dependientes de la Subsecretaría de Educación y Cultura de Concordia.



LEYENDA DEL MAR DE ANSENUZA O LENGUA DE FLAMENCO

Versión de Elbis Gilardi

En estos tiempos en que regresan viejas leyendas, se comenta en los alrededores de la Mar Chiquita que algunos madrugadores de la saga de creyentes, suelen sentarse en la ribera de las aguas saladas, sólo para calmar el llamado identitario que atienden muy pocos lugareños.

En varias oportunidades, han escuchado el aleteo de los flamencos que proviene de los suburbios arenosos, donde el mar presume los fantasmas. Por allí se cuece el sol en los atardeceres y arremete su osamenta en el agua que procura reflejar una transparencia inusitada. Sólo allá, a la distancia, logra prescribir la osadía de una cura mágica para los visitantes.

En los puntos álgidos de la mar, suele verse una diosa andariega que muestra su esencia de princesa diluida en la raya fronteriza del universo. Esa es la creencia histórica de que cada tarde acerca a la gente a espejar su rostro en la laguna.

Suponen que todo aquel que se atreva a desnudar su pena sale convertido en flamenco. El hechizo suele durar un par de días, tiempo suficiente para amar a la diosa del agua y regresar con el cuerpo fortalecido por el sol y el barro milagroso. La gente puede sentir los brazos de la diosa sosteniéndolos en el agua salada de la laguna.



Ahogados en la espuma donde se gesta la leyenda, más vieja y lastimera del pueblo sanavirón.

Elbis Gilardi. Reside en la ciudad de Brinkmann. Es prof. para la Enseñanza Primaria y prof. en Lengua y Literatura. Es Presidente de SADE Filial Brinkmann, organiza desde hace 32 años los ENCUENTROS INTERNACIONALES DE POETAS EN LA CIUDAD DE BRINKMANN. Coordina talleres literarios en distintas ciudades de la zona. Algunas de sus publicaciones: “Identidad del Viento”. Poemario. “Olor a Naranjas”. Cuentos y Relatos para niños. *Cuatro Gatos y una luna. Poemas para niños. Premio publicación: La otra voz del pájaro.*Salomón, Sangre Azul, novela. “Aquí amanece la poesía”. Antología. Agencia Cba. Cultura. “Biografía del abrazo”. Kintsugi o la niña que reconstruye su eco. Un edén para Jacinto. (Teatro para niños).



LEYENDA DE LA SEÑORA DE LA LUZ BLANCA (leyenda local)

Versión de Lilia María Vera

Juan Alonso Prado, se ordenó sacerdote en Granada, España, que es muy lejos, hay que cruzar el mar y el pueblo allá en España se llamaba Molvizar, quizás nunca nadie lo nombró, pero bueno así era el nombre. Emigró a la Argentina y se radicó en un pequeño pueblo que es nuestro pueblo. Hoy es una ciudad y se llama La Carlota.

En aquellos lejanos tiempos, se daba clase en las parroquias, donde se enseñaba el rezo, el Ave María, el Padre Nuestro, la Señal de la Santa Cruz y por supuesto también se enseñaba a leer y escribir los números. Enseñaban a sumar, usaban piedritas, se agregaban una, dos o tres, según la cantidad a sumar. También la resta, ponían tantas piedritas y se sacaban según la cantidad a restar. El Cura Juan Alonso Prado invita a un primo Don Eduardo Fernández que vivía aquí en el pueblo a que fuera a enseñar a los niños de la Escuelita parroquial. Don Eduardo Fernández es considerado uno de los primeros maestros de esta ciudad, hace muchos, muchos años, más de doscientos. Don Eduardo sabía leer y escribir, geografía, historia y muchas cosas más.

A mi abuela le gustó siempre escuchar en esos largos días de invierno y noches frías, a la luz de una vela o un candil lo que le había contado su abuela sobre las cosas de antes, de cuando la abuela de mi abuela era chica.



Eran cosas del tiempo de los indios, que venían todos juntos, eran los famosos malones que venían a atacar. Atacaban los campos, las viviendas, y en este pueblito causaron desastres. Quemaban las casas, mataban a los hombres y cautivaban a las mujeres, niños y también algunos varones, se los llevaban a los toldos, allí donde ellos vivían.

El pueblo rezaba y rezaba pidiendo a la Santa Patrona protección. Y cuando se conocía la noticia de que se acercaban, esto se percibía en el aire porque el viento traía el olor a potro con que se untaban el cuerpo los indios para protegerse de los insectos. Además, los caballos lo percibían y estaban inquietos. Es porque el ruido que hacían los caballos de los malones hacía que la tierra vibrara. Los habitantes de este caserío se refugiaban en la Parroquia, allí se sentían seguros al amparo de la Virgen, que está aquí desde hace muchos años, desde 1737. En una ocasión en que se conoció que el malón venía ya cruzando el río, el Cura Juan Alonso Prado decide sacar la Virgen junto a otros hombres sobre andas de madera y se acercaron al río. El río estaba cerquita de la Parroquia a no más de dos cuerdas. Cuando la indiada ve acercarse la imagen, fue tan notoria su presencia porque irradiaba una luz enceguecedora, que se convirtió en una gigante mujer de luz blanca que hizo que los caballos levantaran sus patas delanteras y la cabeza también. Los indios tenían la cara desfigurada por el espanto, dieron la vuelta y se fueron asustados, huyeron despavoridos.



Nuestra Santa Patrona es considerada desde lejanos tiempos, “Liberadora de cautivos”, “Redentora” y es ella que con su manto de Luz nos cubre, nos protege.

Lilia María Vera. Es de La Carlota, Cba. Prof. de E. Primaria, Prof. de Francés. Es escritora y poetisa. Fue presidente de la SADE, Filial La Carlota y secretaria. Organizó el 2do. Encuentro de Escritores “Mangrullo de palabras” año 2013 y numerosos Café Literarios. Asistió a Congresos de la SADE, al Congreso de la Lengua en distintas ciudades. Asiste habitualmente a escuelas, eventos municipales a leer cuentos y poesías. Tiene dos libros publicados, Historiadora, expositora en los encuentros de Historiadores.



LEYENDA DEL PALO BORRACHO

Versión de Miriam Persiani de Santamarina

Dicen que dicen, que previamente a la conquista de América, en el noreste del actual territorio argentino, se habían asentado varias tribus de distintos orígenes.

Sobre una de las márgenes del río Pilcomayo, vivía una joven de una belleza extraordinaria. Sus ojos tenían un brillo asombroso, su cabello renegrido le llegaba hasta la cintura, su piel era suave como la seda y era delgada como un junco. Como si esto fuera poco, era una excelente artesana y tenía un carácter muy tranquilo y estaba siempre de buen humor.

Como su padre era el cacique de la aldea, cientos de pretendientes pasaban a diario por su choza para “pedir su mano”. No sólo muchachos de ese lugar, sino también de caseríos aledaños. Pero ella, se había enamorado de un guerrero de su tribu que no era nada lindo, ni tampoco demasiado simpático.

Sin embargo, le recitaba unos poemas románticos que la habían conquistado por completo. Tenía una voz muy varonil y le susurraba los versos al oído, haciendo que ella “muriese de amor”.

El padre estaba de acuerdo en que se unieran para formar una familia, pero unos días antes de concretar la mudanza a una choza en común, se desató una guerra con un pueblo que habitaba sobre la otra costa del río y él se marchó a pelear con el resto de su gente.



Al cabo de unos meses, sólo un puñado de jóvenes maltrechos regresó en una canoa casi destruida y confirmaron que eran los únicos sobrevivientes de las cinco batallas que habían librado contra los enemigos.

La joven se sintió tan devastada, que destruyó la choza en la que viviría con su amado y se internó en el monte para estar sola y llorar “a moco tendido”.

Pero pasó una semana y no había regresado con su clan, por eso el padre mandó una comitiva en su búsqueda.

En la parte más espesa de la foresta, donde se hallaban los árboles más altos, la encontraron tendida sobre el césped. Pero cuando trataron de levantarla, notaron que de sus brazos brotaban ramas con unas flores blancas, tan bellas como ella. Mientras que su cara y el resto de su cuerpo se iban convirtiendo en tallos leñosos.

Corrieron desafortunadamente a informar esto al cacique y a su familia, quien reforzó la comitiva para poder traerla de regreso.

Pero cuando llegaron al lugar, la joven se había transformado en un gran árbol con un tronco muy fuerte y ancho con pequeñas espinas. Asimismo, las flores ya no eran de color blanco, sino de un rosado intenso e increíblemente bonitas.

Entre ellos discutieron si el mismo parecía una botella o el cuerpo de una mujer anciana de caderas anchas. Entonces combinaron ambas opciones, nombrándolo “palo”, por la delgadez de la muchacha y “borracho” por la forma de botellón.



Cuentan que cuentan, que el rosado de las flores simboliza la sangre del guerrero que circula por la savia del árbol y que las espinas que tiene la corteza son para que ningún hombre se acerque a recitarle un poema o se atreva a arrancar una flor.

Miriam Persiani de Santamarina. Maestra Normal Superior, Licenciada en Psicopedagogía y Especialista en Literatura Infantil y Juvenil. Realizó un Máster y un Doctorado en Educación y Postítulos en Argentina y en el exterior. Escribió libros y artículos sobre Alfabetización Inicial y Literatura Infantil. Realizó ponencias en congresos nacionales e internacionales. En la actualidad es secretaria de la Academia Argentina de LIJ y forma parte de la SADE filial Escobar y filial Campana. Creadora del proyecto "Las y los docentes leen por gusto". En 2024 escribió su primer libro "Escalofriantes misterios bonaerenses. ¿Mito o realidad?". Participó en distintas antologías



LA LEYENDA DE AURORA LA CORDOBESA Y LA ESTRELLA DEL RECUERDO

Julio Melián

En un pequeño y encantador pueblo, había una dulce niña llamada Aurora la Cordobesa. Con solo 15 años, Aurora era conocida por su gran sonrisa y su amor por la naturaleza. Pasaba los días jugando en el bosque, escuchando el canto de los pájaros y disfrutando de las flores coloridas. Un día triste, Aurora se sintió mal y, debido a una extraña enfermedad, tuvo que despedirse de sus amigos y de su querido hogar. Su padrastro, muy apenado, la enterró en el jardín de su casa, donde tantas veces habían jugado juntos. En la misma ciudad vivía el Dr. Pedro Bara, un médico amable y sabio, que se había hecho famoso por hacer cosas extraordinarias. Cuando escuchó hablar de la triste historia de Aurora, decidió que debía hacer algo especial. Creía que, aunque la vida de Aurora había terminado, su luz podía brillar de nuevo. Con gran cuidado y respeto, el Dr. Bara exhumó el cuerpo de Aurora y utilizó una técnica mágica llamada parafinado. Este proceso consistía en conservar su belleza y pureza para que siempre recordaran su alegría y bondad. El Dr. Bara trabajó con amor, llenando a Aurora de una suave parafina, como si estuviera envolviéndola en un abrigo de luz. Mientras realizaba su trabajo, el Dr. Bara le habló con ternura: "Querida Aurora, el mundo te extraña y tu luz sigue brillando en nuestros



corazones. Siempre serás un símbolo de esperanza y alegría". A medida que pasaron los años, la historia de Aurora la Cordobesa se convirtió en una hermosa leyenda. Se decía que, en las noches estrelladas, aquellos que se acercaban a su tumba podían ver destellos de luz que venían del cielo, como si Aurora estuviera guiando a los que tenían sueños y deseos en sus corazones. Los niños del pueblo, al escuchar la leyenda, aprendieron que, aunque a veces las cosas tristes ocurren, siempre hay una manera de recordar y celebrar la vida de aquellos que amamos. Aurora, con su hermosa luz, se convirtió en un símbolo de amor eterno y magia en el corazón de todos. Y así, la historia de Aurora la Cordobesa, la Bella Durmiente de luces brillantes, perduró a través de los tiempos, recordándonos a todos que el amor y la esperanza siempre encuentran la manera de florecer.

Julio Melian. Bibliotecólogo. Egresado de la Escuela de Bibliotecología de la FFyH UNC. Lic. en Museología y Repositorios Culturales y Naturales cursando de la UNDAV. Dipl. en Educación en Museos por la Universidad Interamericana. Director de la Tecnicatura Universitaria en Bibliotecología. UNLAR Profesor Adjunto de Historia del Libro y las Bibliotecas de la carrera de Tecnicatura Universitaria en Bibliotecología de la UNLAR. Director de la Biblioteca del Museo en Ciencias de la Salud de la Facultad de Medicina U.N.C. Coordinador de la Biblioteca Olga Pizarro de Vidal del Instituto de Enseñanza Sup. Simón Bolívar. Miembro de la Academia Arg. de LIJ.



Leyenda del Puente del Inca

(Leyenda de Mendoza)

Versión de Laura Z. Narreondo

En tiempos de apogeo de la Civilización Inca, cuando Cuzco era la capital del gran imperio y mucho antes de la llegada de los españoles, existía un cacique que tenía un único hijo heredero al trono.

Cuenta la leyenda que el niño de corta edad enfermó gravemente: la extraña dolencia paralizó su cuerpo y ni hechiceros, ni médicos de prestigio encontraban la cura para su mal. Día tras día, el hijo del gobernante empeoraba.

Con desesperación, el padre manifestaba: - ¿Cómo es posible que no encuentren la cura para mi niño? ¡Hay que encontrar una manera de sanarlo! -

Unas jornadas más tarde, cuando el sol se asomaba por el horizonte, llegó un anciano hechicero de tierras cercanas conmovido por la noticia de la aflicción del cacique por la terrible enfermedad del hijo y le reveló que tierras al sur existía un lugar con aguas termales sanadoras que pondrían fin a su desgracia.

Era una posibilidad esperanzadora.

Y el líder estaba dispuesto a intentarlo todo para salvar la vida de su pequeño amado.

Muchos consejeros y familiares cuestionaron y dudaron, al principio, de la veracidad de las palabras del



anciano hechicero, pero luego, ante la insistencia del padre decidido, aceptaron emprender el viaje.

Un viaje al sur, hacia una tierra lejana y desconocida; un viaje en el que arriesgarían todo, inclusive hasta sus propias vidas.

Así, luego de sumergirse entre cavilaciones, la comarca se convenció de que intentar salvar al muchacho era la mejor decisión. La más valiente y acertada.

Fue entonces, que emprendieron la marcha.

El cacique, con su doliente hijo sobre sus hombros, familiares, médicos, el anciano hechicero y una cantidad incontable de guerreros se guiaban por las estrellas en las noches oscuras y por el astro solar en los días calurosos de su extensa travesía.

Lluvias, vientos, frío y calor los aguardaron en aquella emotiva peregrinación que era el símbolo de la esperanza de la curación y la vida.

Imploraban al dios Inti, su dios sol, que los guiara en el camino para que pudieran llegar a la tierra de las aguas sanadoras.

Y fue entonces, luego de meses de intensa travesía, que visualizaron la colosal Cordillera de los Andes y el monte Aconcagua.

Habían, por fin, llegado a destino.

Sin embargo, los asaltó un grave problema: había un precipicio profundo que no les permitía llegar a las aguas termales.

El niño rompió en llanto, desesperanzado, y la angustia de su padre no tardó en hacerse presente.



En ese momento, el dios Inti tan amado y venerado por los Incas, iluminó a la escolta de guerreros comunicándoles que si se arrodillaban y se tomaban de la cintura-abrazándose- permitirían que el cacique y su hijo pasaran al otro lado.

Padre e hijo, con sus ojos inundados de luz, atravesaron el puente humano y cuando el agua termal, medicinal y milagrosa apenas rozó la mano del muchacho, él quedó completamente curado.

El cacique y su hijo, totalmente restablecido de su dolencia, se dieron vuelta para agradecer a esos guerreros valientes que los habían ayudado a cruzar para alcanzar la sanación tan esperada, pero no pudieron hacerlo: una vez hubieron cruzado, los guerreros se petrificaron formando un puente, hoy llamado, en la actualidad, El Puente del Inca.

Y aquellos héroes anónimos, a través de esta leyenda, son recordados de generación en generación hasta nuestros días.

Laura Zulema Narreondo. Es Profesora de Castellano, Literatura y Latín; Diplomada en Lengua y Literatura; Diplomada en Gestión de las Instituciones educativas, y Diplomada en Metodología de la Investigación. Es Maestra Nacional de Danza Clásica, Contemporánea y Tango. Investigadora sobre Didáctica de la lengua y la literatura, Géneros de literatura universal y de la Literatura infantil y juvenil.



HISTORIA DE UN UTURUNCO

(leyenda del norte argentino)

Versión de Claudia Sánchez

Si alguna vez van al Norte, pregunten por el uturunco; seguro que les hablarán de Juan. Algunos le tienen lástima; otros, miedo.

Dicen los que conocen la historia que cada vez que la luna se cuelga, redonda, del higuerón del patio, en la casa de Juan pasan cosas raras. Alguien salta por la ventana con cuerpo de tigre, o un tigre sale por la ventana con cuerpo de hombre, y están seguros de que no es un disfraz.

Sin embargo, en Tartagal no recuerdan que él haya sido un hombre con ojos de tigre, sino un tigre con mirada de hombre. Quién sabe. A lo mejor es verdad.

Lo cierto es que hay noches en las que una curva negra salta erizada por los tejados, cruza corriendo ligustros y medianeras, y se pierde en el relieve de las casas, estirándose como una espesa mancha de tinta.

-¡Pobre Juan! A veces hombre, a veces jaguar, escondiéndose entre las matas, escapando de las balas de los cazadores –comentan por ahí. Pero no hay por qué creer en los chismes de un pueblo. Después de todo, pasó hace tanto...

Si él se deslomaba día tras día en el monte con el hacha, si tenía la espalda ancha y el pecho fuerte, si sus piernas corrían ágiles y sus brazos eran dos ramas



robustas, sus manos firmes y seguras, y sus ojos verdes, aguachentos, no se parecían a los de nadie que no fuese Juan.

Cuentan que una vez notaron que le costaba caminar entre las piedras. Dicen que andaba rengueando, como si tuviera una espina clavada en la pata derecha, es decir, en el pie. Y que parecía que se quejaba de dolor, que se agarraba la cabeza cuando oía los disparos. Se cubría como si lo aturdiesen. Al rato se quedaba con la mirada inmóvil, instalada en algún lugar del que no quería volver.

Todos hablan, pero nadie sabe. Ni al uturunco vieron siquiera. Tampoco a Juan. Sólo los más viejos conocen qué pasó realmente, y a veces ni se acuerdan. Cuentan los abuelos que echaba a los cazadores. Los asustaba con mirarlos fijo a los ojos, les hacía frente.

—Si al Ramón y al Tomás los encuentro en el monte apuntándole a alguno del grupo con la escopeta, ya van a ver quién es Juan —dicen que dijo. ¿Acaso se iban a imaginar que él podía ser el uturunco?

—Si los veo, de un rugido les hago volar el sombrero —parece que agregó mientras se calzaba la botas, sentado en un sillón de mimbre, bajo el alero, y volvía a soltar las alas de sus miradas hasta llegar quién sabe adónde. Quizás extrañara su vida de tigre. Sufriría al recordar cuando mataron a Irina, junto a los helechos, o cuando se despidió de sus crías cerca de Cachi.

Si al menos lo hubiera presentado, habría cubierto con su cuerpo a su compañera, hubiese saltado a tiempo



sobre el cazador para arrancarle ese caño diabólico. Pero no, fue muy rápido. Tres tiros le dio, y la tigre cayó sobre un charco morado de tristeza. Allí, tendida en el suelo, parecía mirarlo desde lejos, mientras el uturunco le hablaba y la acariciaba como si lo entendiera.

Cuentan que el hombre tembló al oír su aullido desgarrado como si se abriera la tierra y escapó con mirada de loco entre los matorrales. Desde aquel día el cazador vive encerrado en su casa, oyendo aquel bramido interminable. Pero esto no termina aquí.

Juan se llevó a Irina; arrastró su cuerpo hasta la casa, lavó sus heridas, y de a poco fue despegándole la piel, amorosamente, no vaya a ser que sufriera. Luego se cubrió con ella en un último abrazo.

Todavía lo recuerdan los abuelos. Varios oyeron los tiros a la salida del obraje y encontraron restos de piel en las malezas.

Pasaron muchas noches, pero hubo una, negra y profunda como un pozo, cuando todo Orán dormía. Todos, menos él.

Daban en el reloj las doce campanadas cuando dejó su cama. La luna, entonces, se incrustó en el cielo como una moneda blanca.

Le dolía todo el cuerpo; sentía la piel ardida y tirante. Veía que cada parte suya se borraba en el espejo del baño y se le hinchaba, tomaba forma nueva. De tanto que le dolía, se revolcaba en la piel de la tigre que desde entonces cubría el frío piso de la sala.



“¡YAQUE YAQUE! ¡RUNA UTURUNCO K’ALLARY!”, gritaba y gruñía en el suelo, y los perros aullaban, y la gente trababa puertas y ventanas.

De pronto, su nariz fue un botón chato. De su piel morena brotaron pelos blandos y suaves; se cubrió entero de una felpa amarilla con manchas negras. Una cola larga comenzó a enroscarse en el respaldo de la silla; las uñas de los pies se le estiraron como púas; sus brazos y piernas fueron patas; sus manos, garras; sus ojos se transformaron en dos piedras verdes encendidas.

Así dicen en Salta que lo vieron atravesar la ventana de la cocina y dirigirse a la carrera hacia el arroyo. Nadie se atrevió a llamarlo, a pronunciar su nombre.

Don Roque jura y rejura que ese era Juan, que se perdía entre los cedros. Pero los años lo harán confundir. Sus amigos pensaron que se había ido a la ciudad en busca de trabajo, así que a la mañana siguiente clausuraron su casa para que no se metieran las fieras. De esto hace mucho tiempo.

Juan no se acordó de volver.

Los chicos aseguran que en medio de unas matas lo esperaba otra tigre de ojos color miel, dulzones y claros; que su piel estaba cubierta de rosetas negras. A lo mejor era un sueño. Se habrá olvidado de que alguna vez fue un hombre...

-¡Juan es el uturunco! ¡Qué horror m’hijita! ¡El uturunco! –cuchichean aún hoy las comadres con ojos de cacatúa.



Solo los hijos de los hacheros fueron testigos. Afirman los vecinos que lo vieron con Melba, lamiéndose junto a un lapacho, haciéndose un nudo con las colas para no soltarse nunca. Pero hace muchos veranos que dejaron Orán. Ahora, el arroyo, los árboles, el cielo, le pertenecen para siempre.

En el pueblo todavía hay rumores de que un uturunco regresa al reclinarsse la tarde sobre el Lullailaco, y husmea el camino que lo lleva a esa vieja casa, como reconociendo el lugar que alguna vez fue suyo. Enseguida se va corriendo por el monte y se esconde entre los arbustos con sus tres cachorros.

A Juan jamás lo volvieron a ver. Pero dicen que las noches en que la luna se rellena en el cielo, una sombra salta por la ventana de esa casa vacía. No saben si es un tigre con cuerpo de hombre. O un hombre con los ojos de un tigre. Eso sí, están seguros de que no es un disfraz.

Claudia Sánchez. Prof. y Lic. en Letras, UBA. Especializada en LIJ. Escribe para niños y adolescentes. Se dedica a la investigación y a la crítica literaria. Fue vicepresidente de ALIJA. Miembro de la Academia Arg. de LIJ. Entre sus publicaciones: El cuidador de pájaros y otras leyendas, Ed. El Ateneo; Días de margaritas, Ed. Libresa (Ecuador); El secreto de Matías, en la antología para adolescentes La Sagrada Orden Foratti, Editorial Libros & Libros (Colombia). Ha colaborado en antologías de cuentos para AZ, EDB, Fundación Edelvives y Ed. Capiro (Cuba). Participa como columnista en el programa especializado en LIJ Letras inquietas, conducido por Fabiana Margolis, en BCN Radio, la radio de la Biblioteca del Congreso de la Nación.



LEYENDA LA FLOR DEL IRUPÉ

(Leyenda de origen mesopotámica)

Versión de Zulma Prina

Como todas las historias que nos llegan de boca en boca, vienen de tiempos remotos. Esos tiempos donde pueden suceder cosas asombrosas. Increíbles para nuestra civilización, pero maravillosas.

Una de las historias que me contó mi bisabuela tiene que ver con una hermosa flor. Hoy vive sobre las aguas de los ríos de la Mesopotamia de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil. Se llama irupé.³

Hace millones de años, en una casa de comunidad indígena⁴ nació un niño llamado Rasí-Ratá. Tal vez porque su nombre significa estrella, este pequeño iba todos los días a la orilla del río Paraná, se sentaba sobre una piedra y pasaba horas disfrutando de la naturaleza y del cielo. Muchas veces se quedaba hasta que anochece para contemplar las estrellas.

A medida que crecía, más se acentuaba su pasión por ese cielo. Al llegar a su adolescencia, comenzó a pasar noches enteras observando a la Luna porque ¡se había enamorado de ella!

³ Nota: Irupé significa en guaraní, “plato sobre el agua”.

⁴ Nota: Este tipo de comunidades tradicionales del Amazonas llamada “maloca”, representa para sus habitantes la síntesis del Universo.



Los otros jovencitos le explicaban que era imposible estar enamorado de la Luna, que ella era la reina de la noche y no podría bajar jamás. Sin embargo, Yasí Ratá quería alcanzarla, abrazarla, acariciar su rostro.

Un día se le ocurrió buscar el monte más alto y caminó, caminó tantas lunas hasta que por fin lo halló ¡Qué emoción! podría subir y levantar sus brazos con fuerza para alcanzarla. Todo su esfuerzo y su súplica fueron en vano.

Desesperado ya, decidió alejarse de su pueblo para ir al encuentro del ocaso. Él estaba seguro de que cuando su amada Luna tocara el horizonte, podría abrazarla.

Agotado y sin fuerzas, una noche se sentó a la orilla del río. De pronto, la imagen de ella se reflejó en medio de las aguas. Una luz brillante lo acarició. Con lágrimas de emoción, se paró para verla y fue cuando se vio también él, reflejado junto a su amada. Sin pensarlo, de un salto se arrojó en sus brazos. Al caer, las imágenes de Luna y Yasí Ratá se sumergieron en las aguas del Paraná. Nadie volvió a ver sobre la tierra la figura del joven enamorado.

Entonces Tupá, el Dios bondadoso de los guaraníes, para que su comunidad pudiera recordarlo, lo devolvió a la tierra transformado en la hermosísima flor, irupé. Al cabo de unos días, esa blancura toma color tojo. El blanco por la pureza de un amor inocente y el rojo por la pasión enorme de Yasí-Ratá.



Desde entonces y hasta el fin de la vida, Yasi - Ratá conversa por las noches con su amada Luna y ella lo acaricia con su luz.

Zulma Prina. Docente. Prof. en Letras U.B.A, Magister en Análisis del discurso U.B.A. Magister en Literatura para niños. U.N.R. Prof, de Música y Danzas Folklóricas. Musicóloga. Investigadora en LIJ. y Literatura Latinoamericana. Publicó treinta y tres libros de: narrativa, poesía y ensayo. Dos libros infantiles. Artículos en revistas especializadas del país y del exterior. Dicta charlas para especialistas en el país y el exterior. Dirige programas radiales. Fue presidente de la Academia Arg. de LIJ. Más: <https://zulmaprina.com.ar/web/>



El regalo de Yasi

(Leyenda de origen guaraní)

Versión de Pablo Gustavo Pozzoli Bonifacino

Había una vez un señor muy viejito que conocí en un viaje por Paraguay. Era tan viejito que se le amontonaban las arrugas en las mejillas como si formaran un acordeón. Pero también era muy pero muy sabio. Él me relató esta leyenda que hoy te voy a contar a vos...

Hace mucho, muuucho, muuuuuuuucho tiempo, la Luna no era esa señora hermosa vestida de seda blanca que vemos paseando todas las noches por Ára, el cielo. Ella era chiquita como vos. Una bella niña. Los guaraníes la llamaban Yasi. Era un poco tímida, pero muy curiosa y traviesa. Después del atardecer recorría las alturas repartiendo luz por donde pasaba. Pero desde que amanecía le gustaba espiar la Tierra escondida detrás de una nube.

Esa nube era blanca y esponjosa. Los guaraníes la llamaban Araí. Era una niña preciosa y radiante y se había hecho muy amiga de Yasi. Las dos curioseaban juntas y comentaban todo lo que veían en la Tierra. Les gustaban los valles verdes y las montañas altas. Se asombraban por los inmensos océanos con aguas que bañaban de un lado para el otro. Las sorprendían las selvas llenas de árboles y colores brillantes. Todo les llamaba la atención, pero lo que más les encantaba eran las



cataratas, esas piedras altas e imponentes cubiertas con velos de novia hechos de agua y espuma.

La Tierra era alucinante para ellas. Las deslumbraba tanto tanto que un día empezaron a soñar que paseaban juntas por senderos fascinantes y otro día se imaginaban atravesando un ardiente desierto y otras veces jugando con las olas en el mar. No podían contener las ganas de visitar nuestro planeta, aunque sea un ratito y decidieron que lo harían cuando nadie las viera para no ser castigadas.

Yasi estrenó un vestidito celeste que le habían hecho con un pedacito de cielo y Araí se puso un enterito naranja que la mamá le había cosido con retazos de atardecer. Las dos se transformaron en hermosas niñas de ojos grandes y cabellos muy largos y descendieron durante la siesta mientras todos descansaban.

Al llegar se dieron cuenta de que todo parecía muy distinto de cerca. Las formas, los colores, los aromas, todo las impresionaba profundamente. Estaban felices y solo podían pensar en disfrutar al máximo cuanto pudieran. Pero como no habían crecido en la Tierra, no conocían los peligros que podían amenazarlas. Por eso no pudieron darse cuenta de que en la hermosa selva que recorrían no estaban solas. Las seguía un viejito guaraní que estaba preocupado por esas dos niñas que paseaban solas y que nunca había visto por ahí. Pero también, detrás de los arbustos, las espiaba un yagareté hambriento que se relamía pensando lo sabroso que estaría ese almuerzo que se había encontrado.



Cuando menos lo esperaban, las niñas se vieron sorprendidas por el feroz animal que dio un salto y se ubicó delante de ellas listo para atacarlas. Él mostraba sus colmillos largos y afilados y de su boca chorreaba una baba espesa y repugnante. Yasi y Araí quedaron congeladas como estatuas, no podían reaccionar, no sabían qué hacer. De pronto, el viejito que las seguía se interpuso entre las niñas y el yagareté y en menos de un abrir y cerrar de ojos comenzó entre el hombre y el animal una lucha aterradora. Las niñas corrieron una hacia la otra, se abrazaron, se miraron y desaparecieron atormentadas por el miedo.

Cuando la lucha hubo terminado, el viejito era el vencedor. Giró su cabeza hacia donde habían estado las niñas la última vez que las vio, pero descubrió que estaba solo. Las buscó preocupado, pero no pudo encontrarlas y llegó la noche sin que el viejo las viera otra vez. Volvió a su casa afligido por lo que hubiera podido suceder con aquellas chiquillas y mientras planeaba como continuar con la búsqueda al día siguiente, escuchó una voz que lo llamaba: “¡Señor! ¡Señor!”.

¿A esa hora lo buscaban a él? ¿Era a él que se dirigía esa voz de niña? ¿Sería alguna de las dos extrañas que había salvado del yagareté a la tarde? El viejo salió de su casa apresurado, pero no encontró a nadie. “¡Señor! ¡Aquí estoy!”, volvió a escuchar el viejito, pero seguía sin ver a nadie que lo llamara. “¡Aquí arriba, Señor! Y fue entonces que el hombre miro al cielo y se encontró una luna redonda con cachetes gorditos y un poco rosados



que le sonreía: “¡Hola, Señor!”, dijo ella, “soy Yasi y quiero agradecerle por haberme salvado esta tarde”. El viejito se quedó pensando y luego respondió: “Pero esta tarde solo he visto a dos niñas perseguidas por un yaguarreté con mucha hambre y las ayudé cuando intentó atacarlas”. Yasi lo interrumpió diciendo: “Yo era una de esas niñas, la del vestidito de cielo” Y le contó todo lo que había hecho con su amiga Araí.

El viejo estaba tan sorprendido que tenía los ojos redondos como pelotas y la boca abierta como la entrada de un túnel. Entonces Yasi aprovechó para anunciarle que deseaba hacerle un regalo a él y a todos los suyos. Luego agregó “te entrego esta planta para que la cultives. Todas las noches, cuando mi luz roce sus hojas verdes, voy a dejar un poquito de mi corazón agradecido en ellas. Por eso, cada vez que vos o cualquiera la utilice recibirá mis dones: compañía en la soledad, alegría en el corazón y unión con quienes la comparte”. El viejo estaba conmovido por ese regalo hermoso y sentía como si una víbora traviesa se hubiera enroscado en su cuello y apretara fuerte. Respiró hondo para recuperar la calma y preguntó a Yasi preocupado cómo podía utilizar las hojas de esa planta y entonces la Luna, con mirada pícaro y divertida, le enseñó cómo trabajar las hojas de yerba para preparar el mate.



Pablo Gustavo Pozzoli Bonifacino. Profesor y Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba, Maestrando en Culturas y Literaturas comparadas de la Facultad de Lenguas de la UNC, Formador de formadores en diversas cátedras, entre ellas, Filosofía y Perspectivas filosóficas y pedagógicas, autor de diversas publicaciones sobre Filosofía y LIJ-



LEYENDA DEL PÁJARO Chogüí

(Del folklore guaraní)

Versión de Silvia Greco

-¡Katupyry! ¡Katupyry! No se adentre mucho en la selva, m' hijo, mire que es peligroso... ¡Y no vuelva tarde! - así le gritó la madre a Katupyry ese día y todos los días, porque a este niño guaraní le gustaba alejarse de su casa y entrar allí, donde los árboles comienzan a formar una madeja espesa, verde, muy verde.

Ya en la selva, Katupyry jugaba a las escondidas con algunos animalitos, entre los árboles frutales. A veces, para quedar bien escondido, se trepaba hasta las copas más altas y entonces aprovechaba para comer frutas. Y si eran naranjas, mejor. Mmm... qué deliciosas eran esas naranjas... qué dulces... qué perfumadas. También para los pájaros chogüís – los graciosos pajaritos vestidos de azul-, las naranjas siempre eran ocasión para un gran banquete. Así que ahí estaban Katupyry y los chogüís, confundidos, en los naranjales.

La fascinación de Katupyry por las aves y por las mariposas que revoloteaban entre las flores era cosa conocida. Katupyry se sentía, en esos momentos, envuelto en una fiesta de colores y sonidos.

“¡Ay, si yo pudiera volar alto y libre como ustedes...”!- dijo esa tarde mientras miraba cómo una bandada de pájaros chogüís se elevaba buscando el cielo y luego bajaba, elegante y acrobática.



De pronto, recordó la promesa que siempre hacía a su madre de no quedarse hasta tarde en la selva.

“Desde acá arriba puedo ver a mamá cuando esté volviendo a casa. Bajo rápido y llego antes que ella. ¡Listo!”- pensó Katupyry.

Y, tranquilo, siguió contemplando el vuelo de las aves, el celeste del cielo que cada vez se volvía más y más oscuro, las primeras estrellas ... Pero, inesperadamente, escuchó a su madre que lo llamaba a gritos. Claro, ya había llegado a su casa, sin que él la hubiese visto, ¡cómo se había distraído así!

Sobresaltado, trató de descender, pero cayó desde las más altas ramas del árbol donde estaba. Y, entonces, los animales, los pájaros, las mariposas, los amigos del niño, contemplaron, sorprendidos, cómo el cuerpo se le fue transformando en un pájaro chogüí, cuando sus ojos se cerraron. Y así, convertido en un pájaro, pasó volando y cantando sobre su madre sin que la mujer pudiera advertir que ése era su hijo.

Y cuenta la leyenda, que aquel niño guaraní hoy es un hermoso pájaro chogüí que cada día visita su casa, canta, alegre chogüí chogüí chogüí y picotea, feliz, las naranjas, que siempre han sido su fruta preferida.



Silvia Greco. Prof. en Letras. Esp. en Didáctica de la Lengua y la Literatura (CONSUDEC). Lic. en Letras (USAL). Lic. en Filología Hispánica (UCM). Esp. en Lectura, Escritura y Educación (FLACSO). Formadora y capacitadora docente. Editora. Autora de varios libros como: *Poesía desde la Infancia* (2006), Ed. Trayectos. *Entra-mando textos y lenguajes expresivos, Secuencias didácticas de Prácticas del lenguaje y literatura*, (2011), Ed. Puerto Creativo. Coautora de *Infancias siglo XXI. Lectura y escritura. Propuestas educativas para nivel Inicial*, primero y segundo grado, (2018), Montevideo, ed. Camus. Autora de *Itinerarios de lectura o los caminos de la literatura expandida*, (2019), Montevideo, Ed. Camus.



LEYENDA DE LOS RÍOS MINA CLAVERO Y PANA HOLMA (Leyenda de origen Comechingón)

Versión Mari Betti Pereyra

El nacimiento de estos dos ríos de Traslasierra, en la provincia de Córdoba, Argentina, es la representación del amor entre dos jóvenes del imperio incaico. Antes de la llegada dos conquistadores aquella zona estaba habitada por los comechingones, aglutinados en distintos clanes.

Cuenta la leyenda que entre las montañas de Achala y Pocho el cacique que lideraba la zona era **Milán Navira**. En sus correrías y negociaciones con los jefes incas había conocido a la princesa **Panaholva**, de quien se enamoró. Su amor fue correspondido, pero como ella estaba prometida a un hijo del Inca Viracocha, debieron huir para salvar su amor. Inti, que leyó sus corazones, ensegueció a quienes los perseguían, y su hermana Luna alumbraba por las noches el camino que por miles de kilómetros recorrieron los amantes.

Sin embargo, el peligro de ser localizados, devueltos a Cuzco y pagar con sus vidas el atrevimiento de amarse libremente, hizo que decidieran separarse para poder burlar la persecución. Así, acordaron en que, al alcanzar un lugar seguro, señalado por el cielo, se encontrarían para no separarse más.

El plan fue descubierto por un guerrero Inca que también deseaba a Panaholva. Éste los dejó huir por un



tiempo y luego, fingiéndose amigo, envió a la muchacha un supuesto guía que la hizo perder en una comarca de sierras sureñas. Cuando ésta, se encontraba sola y desorientada, le mandó a decir la mentira de que Milac había muerto.

Al mismo tiempo, un falso adivino hizo creer a Milac la muerte de Panaholva.

El cacique comechingón lloró tanto su suerte, que sus lágrimas se convirtieron en un torrente impetuoso que corría buscando su antiguo valle, hasta formar la cascada que dio origen al Río Mina Clavero. Saltando piedras, colándose entre las grietas de las sierras, su corriente era cada vez más fría y veloz. A pesar de ello, al atravesar el paisaje que había soñado para encontrarse con su amada, sus aguas se volvieron curativas, aliviadoras de males para quien las tocara con fe, aunque el rencor las siguió dejando frías.

Mientras, la joven princesa, deshecha en llanto, serpeaba convertida en río, un río tibio como su amor y al que su tristeza había hecho sereno. Así nació el Río Panaholma, que corría- como hoy-apacible, demorándose en las arenas en las que imaginaba el lecho en que podría haber sido feliz con su hombre.

Y el milagro ocurrió. Una noche inmemorial, un haz de luna la sobresaltó. Sus aguas temblaron de una manera que no producía miedo, sino alegría. Tras un recodo bordeado de vegetación y piedras, sus aguas se encontraron con las de su amado Milac. En una larga noche de amor, se volvieron uno y corrieron por su



territorio convertidos en un nuevo río llamado Río de los Sauces.

Pasados los años en ese lugar nació la actual ciudad de Mina Clavero. Allí perdura algo de la antigua leyenda: la esperanza en el amor, la perseverancia, la fe, y el querer difundirlos entre los demás, se visualizó en la figura de un sacerdote llamado José Gabriel Brochero. Éste, llamado “El cura gaucho” por el pueblo, ejerció por muchos años en la Iglesia Nuestra Señora del Tránsito. Decidido y vehemente como el cacique Milac, constante y de corazón ardiente, como Panaholva, no se cansó de andar nuestras sierras, abriendo caminos, llevando almas a Dios y progreso material y espiritual a su gente. Tanto, que la población tomó su nombre: Villa Cura Brochero. Actualmente es un santo para la Iglesia católica. Su santuario está a dos cuadras del Río Panaholma. Los que llegan a pedirle al Santo alivio para sus almas, se acercan a sus aguas, que invitan a la tibieza de la paz, mientras su curso viaja hacia Mina Clavero para abrazarse con las aguas de su río curador. Los barrios de ambas localidades se confunden en un mismo espacio, como los protagonistas de la leyenda.

Pereyra Mari Betti. Maestra Normal Nacional, Profesora en Letras, Diplomada en Teoría y Producción Literaria y en Literatura Infantil y Juvenil. Escritora y operadora cultural de La Carlota, Córdoba. Ha publicado libros de poesía y cuentos para adultos y para niños. Presidente de Filial SADE.



LEYENDA DE LA PERICANA

Versión de Mafalda Hernández

Todo era válido para padres y abuelos, a la hora de lograr que los chicos duerman la siesta, como se dice en San Juan: Todos a dormir que anda suelta la Pericana. Sobre todo, en los veranos que son muy calurosos, parece que el sol de viste de fuego y ni las lagartijas se animan a salir. De alguna manera nos arreglábamos para salir sigilosamente por alguna ventana o por la puerta que daba al fondo de casa, para jugar y dar riendas sueltas a las travesuras que casi siempre terminaban con alguna penitencia. En el mejor de los casos ganábamos la vereda y luego la plaza del barrio y de a poco llegaban los amigos que también eran fugitivos de la mirada de los adultos. Ya sabíamos la historia de la mujer flaca, alta, vestida de blanco que llevaba caramelos para atraer a los niños que encontraba solos en la siesta, luego se convertía en una terrible bruja esquelética, con pelo largo, ojos grandes y brillantes. Ese cuento no lo creíamos ni mi hermano ni mis amigos.

Un fin de semana recibimos la mejor noticia que nos gustaba escuchar: - Iremos a casa de la abuela, vivía en una finca con parrales, frutales y un gran tractor en desuso donde nuestra mente viajera nos llevaba por todas partes. Era un domingo de mucho... mucho calor de esos que obligan a los pájaros a refugiarse a la sombra de los viñedos y cañaverales, pero a la aventura no



podíamos resistirnos. Al almuerzo familiar se sumaron tíos y primos, por alguna razón ese día nadie nos envió a dormir la siesta, tal vez porque la sobremesa se extendió entre charlas y naipes. Solo la abuela nos dijo: - “Cuidado con alejarse, porque la Pericana anda en la siesta”. Nosotros decidimos llevar nuestros barcos de papel, para jugar una carrera en la acequia que separaba la casa de los abuelos con los vecinos, a la sombra de los sauces y álamos era el mejor lugar elegido. Gritábamos y nos reíamos hasta que de pronto se apareció una sombra gigante entre los árboles que se movía rápidamente, una risa estremecedora, aguda y desafiante hasta quedar en silencio, cuando pudimos ver entre las ramas unos ojos amarillos que brillaban y parecían lanzar fuego, otra vez la voz chillona nos llamaba mientras se escondía entre los sauces, esa figura enorme no podía ser humano y menos aún sus gritos espantosos. Abandonamos nuestros barcos y salimos corriendo, sin aliento por el tremendo susto que teníamos, llegamos a la mesa y todos los adultos estaban ahí, lo cual nos confirmaba que aquel ser monstruoso era real y no, alguien de la familia queriendo hacernos una broma, el corazón parecía salirse del pecho. ¿Entonces, la leyenda es verdad?, esa tarde nadie se animó a contar nada y por seguridad nos quedamos jugando en el patio de la abuela.



LEYENDA DEL VIENTO ZONDA

Versión de Mafalda Hernández

Hace muchos...muchos años, vivía en San Juan una familia aborigen Huarpe, tenían varios hijos, todos ayudaban con los quehaceres del hogar y también con las actividades de labranza que su padre les enseñaba, pero había uno de ellos, GUANIZUIL, curioso y audaz, era el primero en terminar las tareas que sus padres les encomendaban, porque si algo realmente lo divertía, era subir, lo más alto posible a los árboles o a las montañas y lanzar sus flechas, muy...muy lejos, más allá donde su vista pudiera llegar. El ejercicio de subir y bajar constantemente, lo convirtió en un joven, ágil, rápido y valiente, sus amigos lo llamaban CHALI, que significa flecha, y sí, nunca se lo veía sin su arco y flechas, preparado para las nuevas aventuras de cada día. Su destreza era tan certera, que ningún animal quedaba vivo cuando el disparaba: vicuñas, guanacos, pumas, aves... todos al verlo, huían de CHALI.

Enterado, el Dios protector de los animales, YAS-TAY, se enojó tanto, que su grito hizo temblar las montañas y todo lo que había a su alrededor. Entonces dijo: -NADIE TIENE MI PERMISO, para matar por diversión-y salió en búsqueda del rebelde muchacho. Éste estaba subido a un algarrobo, dispuesto a mejorar su puntería, cuando oyó, un ensordecedor grito... ¡GUANIZUIL!... y al ver al Dios de los animales, comenzó a



temblar de miedo, quiso gritar, no pudo, quiso correr, no pudo y sus piernas se paralizaron, -te ordeno que dejes de hacer daño a mis animales, o ¡lo lamentarás! - inmediatamente el cielo se cubrió de negras nubes, del suelo nacían enormes remolinos de tierra, CHALI quedo tan asustado que, durante un tiempo, sus amigos dejaron de verlo trepado en algún árbol o corriendo velozmente detrás de su presa.

Luego de varias lunas, el intrépido joven volvió a sus andanzas, entonces los valles, montañas y animales, tiritaban nuevamente con el vuelo de sus temidas flechas.

- ¡GUANIZUIL!... GUANIZUIL!... ¿qué has hecho?, desobedeciste mi advertencia!, la tierra comenzó a bramar, los remolinos de tierra gigantes tapaban toda la vista, de pronto, el polvo se convirtió en un furioso viento, arrastraba todo lo que había en su camino, hasta que envolvió entre sus brazos a CHALI, lo levantó como un papel, y el muchacho desapareció. Cuando se escucha un silbido desde lejos y viene tomado de la mano de un fuerte viento de polvo, cálido y seco, lo llamamos viento ZONDA y nos recuerda, al tiempo en que YASTAY protegió a los animales, de la crueldad del hombre. Algunos creen que entre los cerros está escondido GUANIZUIL, como a las montañas, tampoco les gusta que las maltraten, cuando se enojan con el viento de la noche, se escuchan las suplicas del joven arrepentido.



Mafalda Hernández. Prof. de Música en Nivel Inicial, Escritora de obras infantiles y de títeres. Libros: *El Sapito Agustín*, ed. Parábola, *Elecciones en la biblioteca popular*. ed. Dunken; *Sueños con Altura* 2ª Ed., Léeme un cuento ed., Declarado de Int. Educ. y Cult. - Dip. San Juan, 2024; *100 años Biblioteca Popular San Martín* 2ª Ed. Léeme un cuento ed., Declarado de Int. Soc., Cult. y Educ., C.D. Albardón, S. J., 2024. Miembro de la CD de la Biblioteca Pop. San Martín de Albardón- S. J. (2005-2021) Narradora oral, voluntaria en escuelas y hospital de niños. Creadora fundadora del elenco de *Títeres con Historias*. Creadora del taller de títeres para adultos, 2019. Corresp. en San Juan de Academia Arg. de LIJ.



LEYENDA DE LOS OCHO HERMANOS

Versión de Mario Tolaba

En medio del impresionante paisaje puneño, se levantan majestuosos, un grupo de cerros gemelos. Cerros que un día aparecieron misteriosamente

Cuentan los viejos narradores que hace mucho tiempo, época en que los Incas invadieron la Puna. En una chocita construida con piedras de laja, techos de barro y paja, vivían siete hermanos varones junto a su madre. Eran muy parecidos unos y otros, solo que no tenían la misma edad. El mayor pasaba por sus doce años y el menor por los cuatro. Junto a ellos vivía un primo al que sus padres recogieron de muy pequeño porque había quedado huérfano y fue criado como un hijo más.

Eran niños aún, pero parecían ser hombres mayores por lo sufrido de sus rostros y por los callos en sus pies y manos. No poseían juguetes, se divertían arreando las llamas y guanacos, atrapando suris, acarreando piedras para su rancho, cazando lagartijas o gliptodontes (animales grandes parecidos al quirquincho).

El tata de los indiecitos fue tomado prisionero y llevado a trabajar en las minas del Potosí, desde entonces se quedaron solos con su mamá.

Una mañana de invierno, la madre amaneció muy enferma, no se podía levantar y los niños no sabían qué hacer. Prepararon todo tipo de yuyos, le colocaron



emplastos de papa y de barro, le hacían masticar coca, pero la mujer no se recuperaba.

Estaba a punto de morir y los niños se reunieron para verla por última vez. Se sentían muy tristes, lloraban desconsoladamente y tenían mucho miedo por lo que les podía ocurrir al quedarse solos.

Entonces, decidieron salir en busca de ayuda, pero no sabían con quién dejar a la madre. Si salían los niños mayores, los menores no sabrían cómo atender a la mamá, si salían los más chicos, podrían perderse en el campo. En ese momento de incertidumbre apareció la abuela. Los niños se sorprendieron al verla. No era posible que esté allí, si la abuela había muerto el año anterior con una grave enfermedad.

- Vayan tranquilos a buscar remedio - les dijo - yo me quedaré a cuidar a mi querida hija.

Con un poco de temor, los pequeños prepararon el viaje: se pusieron los ponchos grises que les había tejido su madre, chulos para cubrir sus cabezas y protegerse del frío. Cargaron un poco de charqui, mote y harina de maíz para comer y beber en el camino. También llevaron quenas para tocar las melodías que aprendieron de su padre y darse ánimos durante la caminata.

Cuando los chicos emprendieron el camino, era mediodía y el sol pegaba muy fuerte. Se dirigieron hacia “Yawi”, un pueblo muy conocido y amistoso. Allí se encontraban varios hechiceros, curanderos que sabían hacer desaparecer cualquier mal que aquejara a los hombres, mujeres o niños.



El camino era largo y hacía un calor insoportable que les provocaba mucha sed y hambre. A pesar de todo, ellos siguieron caminando sin detenerse, sus ojotitas dejaban el rastro cansado de sus pisadas por donde pasaban.

Cuando estaban a mitad de camino, empezó a perderse el sol y no lograban ver el pueblo. El sol desapareció y la tarde se hizo noche. Todo quedó en penumbras.

Los hermanitos buscaron un lugar donde refugiarse y pasar la noche. Era época en que se celebraba el Inti Raimy (Año nuevo incaico), la noche más larga y fría del año en el altiplano.

Los niños decidieron sentarse en medio de un tolar. Se acomodaron pacientemente, comieron un poco de charqui con mote, tomaron ullpada, jugo preparado con harina de maíz. Le pidieron al Dios de la noche que los proteja y se acurrucaron debajo de sus ponchos.

Se abrazaron muy fuerte para darse calor y lentamente se durmieron.

El viento helado soplaba incansablemente por el campo, pasaba silbando entre las tolas. El frío castigaba a los pequeños hasta hacerlos llorar, sus lágrimas caían en silencio por los rostros curtidos, el golpeteo de sus dientes parecía chasquidos de pezuñas secas.

Poco a poco los cuerpiitos se empezaron a endurecer. Ya no sentían los pies, se les entumecieron las manos, ninguno decía una palabra, ni siquiera podían pestañear. Solo cruzaban sus miradas suplicantes para darse fuerza.



Lentamente, los cuerpos se pusieron duros como piedras de hielo.

Y los niños quedaron allí para siempre, todos juntitos y abrazados, como buenos hermanos.

Al amanecer, el Dios Sol se sorprendió al ver semejante imagen. Descendió del cielo, se acercó a los niños, intentó hablarles, les tocó los hombritos, pero no se movían. Estaban tan fuertemente abrazados que no pudo separarlos.

Entonces, para que nadie olvide a aquellos niños que sacrificaron sus vidas por la madre. Inti decidió hacer crecer los cuerpecitos con sus ponchos y sombreros de tonos grises, hasta convertirlos en grandes y hermosos cerros. Desde entonces, protegen a los habitantes de Yavi y los pueblos cercanos.

La madre murió ese mismo día, el alma de la abuela había venido a llevársela, y su cuerpo se convirtió en una gran laguna colorada que acompaña a los hermanitos para darles agua.

Cuando el padre regresó, al enterarse de lo sucedido comenzó a cavar en los cerros buscando los cuerpos de sus hijos, pero no pudo encontrarlos. Entonces realizó muchos dibujos en las rocas pidiéndoles perdón.

Los ocho hermanos aún siguen vivos... si alguien se acerca a los cerros puede sentir los latidos de sus corazones y escuchar el torrente de la sangre en las venas de los indiecitos. Por las tardes se puede escuchar el sonido de sus quenás, sopladas por el viento...



Mario Fidel Tolaba. Maestro y profesor de Lengua y Literatura. La Quiaca, Jujuy, Argentina. Libros publicados: Tierra de sueño (2007) Libro Viajero de la Puna (2008) Super Ojota (2010) Miradas, sentires y latidos de la Puna (2014) Burritas Lecheras (2024).



El Mikilo y las siestas riojanas

Graciela Bucci

*“El Mikilo es una deidad diaguñita que sobrevivió a los embates
y la profanación europeizante de los españoles.”
Gladys Abilar (Diario La Nación “Rincón gaucho”)*

Hoy, mientras miraba una vieja fotografía, vino a mí con el silencio irónico del pasado, el recuerdo de mis ocasionales estadias veraniegas en Machigasta, pueblo rural a 170 km de la capital de La Rioja.

Atrás dejaba por unos días a mis padres, y el paisaje gris de la ciudad donde los edificios competían en altura, como gigantes de cemento robando rayos de sol que intentaban, con poca suerte, filtrarse en ese enjambre de piedra. Los jardines eran preciosos tesoros que no todos teníamos, la plaza, un respiro ansiado del que gozábamos los fines de semana.

Llegar al pueblo donde vivían mi abuela con mis primos y tíos era para mí, niño porteño de nueve años, el regalo más esperado del verano.

En Machigasta todo era diferente: los juegos en los baldíos cercanos, el elástico en una calle libre del peligro de los automóviles, las escondidas aprovechando arbustos y matas cómplices, la payana para la que teníamos piedras bien atesoradas o la gomera debidamente oculta en el hueco de un árbol; mis primas odiaban nuestro espíritu destructor entonces nos llamaban salvajes, ase-



sinos, y otros adjetivos similares cuando apuntábamos, siempre con poca suerte, a las untillas, pequeñas aves de plumaje marrón, que volaban ni bien nos oían llegar.

Todo tan lejano, tan lleno de contrastes, una vida de libertad, un tierno albergue, lejos de las exigencias urbanas; aún hoy me emociona recordar esos tiempos.

Pero algo me intrigaba: saber cuál era la amenaza por la cual no podíamos salir en el horario de la siesta; debíamos quedarnos en el jardín de la casa o en el patio interior. Sin discusiones. Nada de monte, ni de juegos junto al riacho, ni de contarnos historias de terror bajo los nogales; eso estaba terminantemente prohibido porque la abuela, entre otras cosas, nos decía que tenía muy presente lo que le había pasado a Juancito, el hijo del jornalero aquella tarde... y quedaba la frase inconclusa dejando que el misterio envolviera el cálido aire riojano.

El suspenso hacía que nuestra intriga fuera en aumento, debíamos saber el porqué de esa prohibición, (luego, ya grandes, entendimos que, en realidad, lo que buscaban los mayores, era protegernos del calor extremo a esa hora, cuando recién terminábamos de almorzar).

Finalmente, nos pusimos de acuerdo y casi suplicamos a la abuela, siempre tan aliada nuestra, que nos explicara cuál era el motivo de esa firme determinación. Pensó un poco y, como indecisa, con sus manos agrietadas de huesos agudos sobre el regazo, nos habló del Mikilo; duende travieso, a veces amenazante, que había intentado llevarse a su guarida al pequeño Juan. Los



gritos del chico, como alaridos que tronaban en la tarde, y su desesperación por soltarse, hicieron que el pequeño ser dejara de perseguirlo y así fue que Mikilo abandonó su propósito y escapó dando saltos con sus pies deformes, lanzando gritos salvajes hacia el monte donde solía ocultarse. Hasta se cuenta que el cura de la capilla creyó verlo junto al arroyo detrás de los juncos.

-Abuela, ¿cómo podríamos reconocerlo si alguna vez se nos aparece? -le preguntamos.

Nos dijo que lo más prudente era no cruzárselo, por eso, como él salía en horario de siesta, nosotros debíamos quedarnos en la casa

-Pero... y si un día... por pura casualidad se nos cruza? Debemos saber por dónde se esconde.

Como forzada, nos dijo que solía estar detrás de los arbustos, entre los olivares o mimetizándose con los espinillos de los que ignoraba sus peligrosas púas pues nada penetraba su piel, desde allí emitía un sonido estridente que cada uno definía a su manera, y en medio de un sacudir de ramas asomaba el sombrero negro de alas enormes que apenas le tapaba las orejas largas y puntiagudas. Los ojos oscuros y hundidos en la cara siempre con gesto amenazante, observaban durante un buen rato a su presa para luego salir corriendo tras las matas asustando con sonidos pavorosos a cuanto niño encontrara a su paso corriéndolos mientras revoleaba su poncho raído que tapaba las cortas piernas, sólo se le alcanzaban a ver los pies peludos con dedos y uñas larguísimos, como garras listas para el ataque.



Ahí la abuela se permitió un suspiro largo mientras miraba hacia el cielo y nunca supe por qué se persignaba.

Pareció tomar fuerzas y agregó con voz suave pero firme, que ella creía que en realidad el Mikilo era travieso y famoso por asustar a los pequeños pero que lo que alarmaba era su aspecto extraño, salvaje, alejado de nuestra concepción de un ser humano normal.

Y se abrió la sonrisa en su rostro calmo, creo que, para tratar de minimizar nuestro miedo palpable, ya que nosotros estábamos cada vez más juntos y las chicas aferradas a la pollera de la abuela.

Hubo un silencio corto, y, después de mirarnos, los más grandes dejamos salir las preguntas, sin dar tregua... ¿era un animal? ¿el alma errante de un guerrero de la antigüedad? ¿producto de alucinaciones? ¿un monstruo?

Mis primos más chicos, abrían los ojos como platos, ni pestañeaban, parecían hipnotizados.

Entonces, continuó diciéndonos que su aparición era ocasional, sólo en el horario de las ardientes siestas riojanas, aunque también lo hacía en otras provincias del norte.

-ah!, y mejor no andar por los descampados o cerca del arroyo donde también lo vieron- dijo.

Ante nuestras preguntas acerca de su origen, nos contó que el nombre de ese ser mitológico, Mikilo, quizás tuviera raíces diaguitas y que había ido cambiando con el correr de los años para convertirse en el que conocíamos actualmente que, aunque sonara como



referido a un ser diminuto, inofensivo, no debíamos olvidar que podía tener actitudes alarmantes.

Evoco sus palabras como volando en la atmósfera para ser respiradas, siguió hablando y en medio del relato surgió la palabra leyenda que se transmitía a lo largo del tiempo motivo por el cual los nombres se modificaban y en realidad Mikilo se llamaba de otra forma en sus orígenes pero que lo importante era tener presente que era una parte de nuestro rico folclore.

Y así dio por finalizada su larga explicación, se levantó de la mecedora y comenzó con el trajín de prepararnos las galletas con miel que luego sacaríamos del codiciado tarro que las guardaba.

Sobrevoló una sensación de alivio general entre nosotros. Las chicas se tranquilizaron, ya no estaban como fundidas entre sí, los varones volvimos a desafiarnos con los trompos de madera.

Hoy, con pinceladas propias que da el tiempo, entiendo que cada época de la vida adopta la explicación más fácil e inmediata y la nostalgia se presenta como imperiosa.

Lo que sí es seguro, es que siempre que rememore los días pasados en Machigasta, vendrán a mí el recuerdo de la leyenda de Mikilo y el aroma perenne de las galletas de miel de la abuela.



Graciela Bucci. Poeta, narradora, ensayista. Nació en Capital Federal. Dipl. en Cultura Argentina en el ACES de la UA. Recibió dos fajas de Honor de la SADE. Publicó numerosos libros. Participó en 44 antologías de Argentina y del exterior. *Leyendas argentinas Tomo II* de ALIJ. Ha recibido numerosos primeros premios. Es docente en la Diplomatura de Literatura Infantil y Juvenil y Poetología de la SADE y Universidad de Villa María (Córdoba). Mujer destacada de la Cultura por el Foro Femenino Latinoamericano. Miembro de varias asociaciones literarias, Secretaria Internacional de RRPP del Instituto Literario Cultural Hispánico con sede en California (ILCH), Miembro de Número de Academia Arg. de LIJ. <http://www.gracielabucci.com.ar>



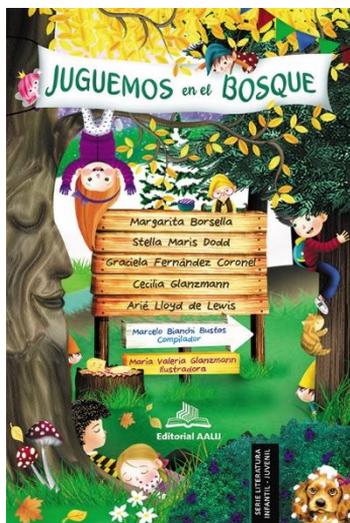


ACERCA DE ESTA COLECCIÓN

La Editorial AALIJ pertenece a la ACADEMIA DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL de la Argentina, una Asociación Civil sin fines de lucro dedicada a la investigación en diversos temas de la especialidad.

Los libros publicados dentro de la línea editorial SERIE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL hasta la fecha son:

En papel



TOMO I – Juguemos en el bosque / Autoras: Margarita Borsella, Stella Maris Dodd, Graciela Fernández Coronel, Cecilia Glanzmann, Arié Lloyd de Lewis, Compilación de Marcelo Bianchi Bustos; Ilustrado por María Valeria Glanzmann; Diseño y edición de María Fernanda Macimiani - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial AALIJ, 2024. ISBN 978-987-48376-9-1.

PROHIBIDA
LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL SIN
AUTORIZACIÓN POR ESCRITO DE LOS AUTORES

Indicar link al libro digital

<https://academiaargentinadelij.org/publicaciones-alij/>



Editorial AALIJ

Publicación Digital Argentina
Junio de 2025

